Gregorio Zyx
Musas
MANO IZQUIERDA EDITORES

Musas
Gregorio Zyx

Sitio web del autor:
https://zvxvy.blogspot.com/

Edición bajo el cuidado de Mano Izquierda Editores
Sitio web: https://manoizquierdaeditores.blogspot.com

Foto Portada: Velizar Ivanov by Unsplash.
Foto Contraportada: Wilman Aro by Unsplash.

Circa, 2022
Lima – Perú

Gregorio Zyx

Musas

CASTILLO DE NAIPES O PENSÉES
O ACUMULACIÓN DE MINIATURAS

MANO IZQUIERDA EDITORES

PREÁMBULO

A ver gente, por la tarde me pelié (inserte meme de “no pelie”) con una agenta (sic) literaria que dijo que soy un fracasado —eso sí me dolió, pero na’más poKito (lloren fuquins raelitos)—. Su golpe virtual me hizo ver a mi ingenuo y esperanzado YO del pasado pretérito de antes, que aspiraba a escribir cuentos mafufos, publicar libros, ser escribidor y pasearme en mi lambo por la costa bretona junto a mi esposa de costa de marfil, mientras bebemos champán barato y le recito un poema de Keats con notables errores por mi falta de memoria, consecuencia de mi abuso de sustancias ilícitas…

Chale, ¿a qué venía? Jsjsjsjs, bueno, sí, ya; sin ambages, yo quería ser escritor[ete] y me dije: *“en realidad sólo debo escribir y seré escritor”*, porque el monje no hace al hábito —*ocómosea… o ¿mocosuena?*— y el libro publicado no te hace escritor, *id est*: publicar y escribir son cosas diferentes. En el bivio de la vida me perdí, jajaja, es gracioso si consideramos que con tan pocas opciones uno puede terminar perdido —estamos perdidas… didas… didas… didas…—.

Y nada, me di a la tarea de escribidir. Entonces quiero compartirles algo así como un “libro” de cuentos intitulado ***«Musas»***, la premisa elemental es simple, que no simplona: un hombre se enamora de una mujer imposible. todos ensayan la posibilidad de lo imposible y sus títulos son:

• *Musa en Gm* (para los que no saben de música, gm significa 'sol menor')
• *Ciencia inversa o vestigios de una musa pretérita*
• *Musa simétrica: Los papeles de Aspen*
• *Inmarceser de aquella musa + glosario*
• *¡Oh, memorable musa!*
• *(M)i (ú)ltima (s)aeta, (A)cteón*
• *Primera Musa o La nueva Eva*
• *Fabulosa Musa o La Paja en el Agujar*
• *Musa de humo*
• *Musa, en el azogue me ahogué*

Pueden leer mi "libro" en esos enlaces y nada, espero sus comentarios, buenos o malos son bienvenidos. Y si notan que plagié algo, no es cierto, pura coincidencia, yo no haría eso jamás (guiño, guiño), lo juro *(cruza los dedos y piensa en que se muere por escamotear la obra de Villiers de L'Isle-Adam y Marcel Schwob).*

Gregorio Zyx

MUSA EN GM

La primera Musa completa de una diferida serie de *Musas incompletas* —¿O inconstantes?: *Voyeurisme Auditif*, me parece. Hablo sobre un oído absoluto con una conciencia ingenua. ¿Para qué sirve el talento sino para desperdiciarlo? Musa en *sol menor* (astro oscuro y sombras en realidad). Léase *avec les yeux fermés*.

Mis manos son mis ojos.

Se columpia el viento: cuando va me dice una mentira y al regresar se retracta; entonces levanto la mano y toco a palma abierta la frase que me llega de un soliloquio.

Mi café se enfría, y sólo así lo bebo, acompañando por un repentino *«si acaso entendieras cuánto amo su mirada cuando con ella me abraza sin tocarme, y cuando con ella me aleja para hacerme pequeña»*.

Veo sin ver, pues, como dije, mis manos son mis ojos, y mis oídos son mi vista.

—Esto que antes te dije es lo que oí en la mesa a tus espaldas —hablo conmigo mismo, en mi cabeza, pues mis oídos y mis manos me describen el mundo. Son mi otro yo, uno que percibe el exterior por mí.

Me habla el oído, mientras mi mano palpa la mesa buscando el frasco de azúcar, la madera nos ofrece su sólido sonido de objeto que pudo haber sido un instrumento musical.

El oído continúa:

—Fue una frase naufragante... Ella se deja poseer sólo con miradas.

Asiento. El oído (siempre hablo de él olvidando que son dos, que son gemelos con una sola mente) tiene razón. Espero la opinión del tacto, pero sus preocupaciones son más materiales: el frasco de azúcar que esquiva a los ciegos dedos.

Le pregunto al oído por el resto del soliloquio y me responde que es difícil atrapar las palabras entre los ruidos del tráfico y el tic, tic, tic de las cucharas de acero golpeando el interior de las tazas de porcelana. El oído se cierra un poco para entrever, como un ojo; mas no el mío que permanece cerrado, atento a su resignada oscuridad.

La mano, el tacto, se deleita con la inerte sensación de apresar la lisa superficie del frasco de azúcar; tiene un mérito nada desdeñable hallar cuando todo en el mundo resulta esquivo.

«Quizá no lo vuelva a ver, algo hay en todo esto que presagia una despedida. Y ahora me pregunto ¿qué va a ser de mí cuando no pueda seguir a su lado, con su soledad acompañando mi soledad y con su silencio abrazando el paso lento de mis horas?». Sé la pregunta que el oído hará, y respondo con anticipación para evitar rodeos:

—Ella está al borde de quedarse sola.

El oído sigue atento, me habla... al oído:

—¿Notas cómo las palabras las va escribiendo más pesadamente conforme se confiesa a sí misma su situación? Incluso diría que recarga la pluma como para descargar algo de un frustrado reproche...

Me permito escuchar lo que el oído escucha para de nuevo asentir. Rara vez se equivoca.

El tacto mantiene su embeleso, pero ahora con la porcelana de la taza tibia; es un cóctel de sensaciones: el calor, la textura, la forma, una gota de humedad que

se resbala deliciosamente desde el borde…

«Anoche lo llamé de nuevo, y no me respondió hasta que insistí por tercera vez, sé que me evita…». El oído se empeña en la empresa de juntar cada palabra que la chica detrás de mí va escribiendo. Cuando el tacto repare en lo que estamos haciendo va a condenar nuestra intromisión. Será falta del oído, falta mía en consecuencia… pero no del todo. Quizá nos increpe, pero mientras tanto: *«Supongo que se hartó de mí. Y no voy a lloriquear por eso. Pero, duele. Sobre todo cuando llego a casa y veo todas sus cosas, todo es potencialmente deletéreo».*

El oído busca con ansiedad traerme cada sílaba y las de le tre a despacio para estar seguro de qué lo que oye es lo qué me dice: *«¿Acaso debo claudicar? En el interior me siento como un río imparable y me impulsa la necesidad de ahogarlo todo; más pienso en él y más me hiere saber que cada gesto es un síntoma de nolición…».* El tacto, tardío y terrenal, ya se percató de que nuestra atención, la mía y la del oído, está concentrada en la delicada muñeca y el ir y venir caligráfico de una triste desconocida.

El tacto no tiene imaginación, busca la prontitud, la cercanía, el voluptuoso y breve placer de palpar, no piensa:

—¿Acaso tengo que levantar la voz y decir que no deberían atender las confidencias de nadie? Por eso lo pone en el papel, ella quiere la intimidad de una confesión personal y ustedes invaden y roban esos secretos.

El oído sólo la oye a ella, ignora al tacto. Yo también ignoro al tacto: *«Voy a estar bien. Después de la tempestad viene la calma* —y luego otra tempestad, es el ciclo—, *el sol sale todos los días* —para volverse a ocultar—, *mañana pinta…».* El oído desprecia un poco esto último, lo considera un terrible *poncif* y por poco

pierde el interés, pero yo... yo que en mi ceguera no consigo gran deleite de nada en realidad, juzgo tolerable hasta una nación común.

Iré a hablarle. Tengo que disculparme por escuchar sin su consentimiento. Tal vez no me crea cuando le diga que oí la forma exacta con la que redondea la *o* con vuelta y media; y la seductora forma con la que alarga las plicas de la *g*, la *j*, la *q* y la *y*, a manera de figuras rítmicas en el pentagrama; sé que me va a tomar por un loco, pero tendrá que creer cuando le recite palabra por palabra la mitad de lo que escribió. Mi intromisión se verá justificada al decir que *escribía en voz alta...* Sabrá que oír como oigo es leer los pensamientos. ¡Lince! Oído avizor... Sigilo... Me detiene y se aguza. Percibe algo. El tacto calla su discurso moral. Todo se contrae en mí para hacer el silencio y permitir al oído mayor audición: alguien se acaba de sentar con ella... es un hombre, quizá sea de quien ella escribe... La impaciencia por saber quién es el intruso... El tacto interrumpe mi pensamiento:

—El intruso eres tú.

Tomo el control, escucho ya no grafías, sino palabras diáfanas: *«Llegas a tiempo. Quiero leerte mis avances. ¡Me emociona la idea de quizá publicar mi novela! Tal vez el argumento es muy ingenuo... Ya sabes, un romance fallido...»*.

Pago el café y me voy. La vergüenza me dejó agotado. A veces desearía ser sordo porque el silencio nunca se equivoca.

11 de abril de 2018

CIENCIA INVERSA O VESTIGIOS DE UNA MUSA PRETÉRITA

Aunque es la última en invención (hasta ahora), es la segunda en ser terminada; una musa que *brilla por su ausencia*. Románticos, absténgasen de leer. Digna de su naturaleza, la prosa se escribió comenzando por el final, no se me tome por bromista, que volver a casa sin luz de estrellas y eludiendo los ecos de la lluvia no es cosa fácil. ¿Qué decir? Me siento dueño de mis palabras, lástima que le pertenecen a todos. Puse evidencia de mi vida allí, de lecturas. Lean con placer y cuidado, puntos extra para quien descubra a los detectives, las islas de *Quelquepart*, una canción, mis lecciones de física, cómo salir sin salir / irse sin llegar / amar sin amar y el reflejo que le robé a **Borges**. Le debemos a **Malú Huacuja del Toro** el cuento policial sin policía. A ella y a su ***Crímen sin faltas de ortografía*** declaro mi admiración y le dedico esta musa.

Así, a veces, en los escombros de una casa,
en humildes ruinas apisonadas por el tiempo,
subsiste algún fragmento de cornisa labrada, o un
pedazo de mayólica con dibujos que, póstumos,
atestan una precisa armonía y permiten concebir,
si no el entero edificio, al menos una silueta justa o
los módulos ideales de la tradición a la que obedecerá.

La busca del jardín: Rueda / Héctor Bianciotti

Desde que tengo memoria he sentido pasión por los escombros. Los restos y el detritus son para mí el antipotencial de aquello que fueron. Quizá son mis ga-

nas de ir en contra, pero en el tiempo, los desechos son a la muerte lo que las semillas a la vida. Entonces hago de esto —de mi amor por los restos— una entelequia negativa: no lo que serán las cosas por su simiente, sino lo que fueron las cosas por lo que de ellas queda. A partir de cenizas y la tierra carbonizada, de cimientos rotos sobre ladrillos incompletos, de una vertebra desconocida o de desordenados pedazos de cualquier materia, puedo reconstruir en mi mente el bosque antes del incendio, la estructura antes del derrumbe, el animal desconocido antes del advenimiento de su fin, los objetos antes de la violenta caída; porque para los otros, aquello que por roto o derruido pierde significado, para mí, lo gana, alcanza su plenitud. Lo veo así: las cosas son desorden y deben volver a ese origen primigenio. Hecha esta explicación de mi carácter y psicología, contaré lo que queda de mí y cómo es que he llegado a ser lo que deje de ser.

Estaba disfrutando el silencio que sugería una música lejana en el tiempo y recogiendo flores marchitas.

En esas me encontraba yo, haciendo de las porquerías paraísos, cuando me llamaron a poner en orden una habitación abandonada por una mujer. De ella no se me dió menor detalle.

Como debe esperar el lector de esta memoria —un fragmento de mí—, me había dedicado desde hacía mucho tiempo a ser un formidable detective.

El trabajo era sencillo, al menos en apariencia. Debía redondear las formas; buscar, a partir de lo abandonado, el rastro de una fugitiva. Y, en honor a la verdad, jamás me sentí tan confundido como la tarde que abrí la puerta de esa habitación y mire rápidamente los pocos objetos desperdigados con premura por el lugar.

Supe, sin mucho esfuerzo, que nada de eso tenía

sentido, que me enfrentaba con un enigma; desde el momento en que puse un pie dentro, tuve la sensación de haber entrado en un laberinto.

Los años y el volver una y otra vez sobre las cavilaciones de entonces me hacen sentir que yo era el protagonista de una parodia de argumentos de *"cuartos cerrados"* con la única diferencia de que en mi historia no había sucedido ningún homicidio... bonita película de policías sin policías.

El primer misterio lo constituía un desorden de ropa que el armario vomitaba. Mi experiencia en actos de apremio me decía que la manera en la que el vestido estaba pendiendo apenas de un gancho, que la forma abultada de un abrigo sobre un par de blusas arrugadas o la disposición en la que los cajones yacían entre abiertos y mal cerrados eran en su naturalidad algo antinatural. Ensayaba en mi cabeza los movimientos de avecilla nerviosa de la ausente: solamente aritméticas sin sentido podían ofrecer tales resultados: para que el vestido x estuviera en la posición y, nuestra dama debió haber descolgado la prenda mientras estaba parada de manos; o para que el cajón z quedara con las ropas atrapadas entre los bordes, debió haber sido abierto y cerrado desde dentro; entre otras paradojas.

El segundo misterio, no menor al de las ropas, era el del escritorio. La lógica más elemental, y aún el instinto de supervivencia dictan a quienes escapan ciertas convenciones: preferir cargar con lo útil antes que lo sentimental; tomar sin rodeos tal o cual objeto necesario; u ocultar aquello importante que no puede ser llevado por el momento. El escritorio de mi fugitiva parecía ser la excepción que modifica la regla. Había abandonado —casi con desdén— dinero, pasaporte y dos anillos de cierto valor. No así, por las impresiones del polvo, se

notaba que faltaba allí una libreta, el abrecartas y ¡una lámpara! No conforme con eso, un examen del basurero a un costado, reveló la ausencia de dos estilográficas, una de tinta azul y la otra de tinta negra.

Para cerrar el triángulo de las bermudas que era ese cuarto, tenía sobre la cama una agenda con un itinerario de viaje para la sorprendente fecha de 200 años —de Invisible— después de aquel día; un mapa con ingentes anotaciones sobre varias islas diminutas en Oceanía; y un fajo de correspondencia sellada.

Hasta las cosas más triviales de alguien gritan con dolor las huellas digitales de su espíritu. Tenía ante mi las voces de objetos que afirmaban cosas que el inmediato negaba.

Acepté la realidad con todo lo absurdo que los despojos proponían: que la mujer estaba dentro del cajón cuando lo abrió y permaneció allí cuando lo cerró; que andaba con las manos por toda la habitación; que le importaba más una lámpara que el dinero; que la escritura contradictoria del itinerario decía que comenzaba sus notas de atrás hacia adelante como escribiendo palindromos delirantes; que tenía predilección por aventuras marítimas en los mares del sur; y que había escrito toda una correspondencia clarividencial para mí.
En éstas últimas su tono era burlón, la primera decía algo como: «Querido Señor Detective ¿Zadig?, cuando lea esto estaré tomando una bebida refrescante en alguna playa de la isla Sandy. Es inútil seguir mis pasos, procuro volar para no dejar huellas. Si en verdad es urgente que me encuentre, empiece por mi tierra natal *Quelquepart*».

Repasé los pormenores, luego los pormayores; cuando no dieron respuestas, seguí por los pormedianos y sólo en ellos hubo algo: el orden contradictorio de

los objetos en el cuarto había sido pensado a partir del principio de Huygens: ella, igual que una perturbación en la superficie del agua, había sido el foco emisor de su escape; acto seguido había hecho que todas las cosas en la habitación fueran la prolongación de su escape, por lo cual, todo lo posterior a ellas podía ser considerado el indicio principal de mi pesquisa; con esta argucia había dotado de paredes casi infinitas al laberinto. Diseñó esto de tal manera que teóricamente todas las pista podían llevarme a ella, pero sólo una lo haría realmente.

Lejos de frustrarme, quedé asombrado de su capacidad de previsión. Mostraré a qué grado, con el pasaje de otra carta: «Querido Detective ¿Dupin?, considero que no es un reto hallarme, estoy donde menos uno lo esperaría, pero no piense que me porto retórica, en verdad soy como la sombra que le pisa los talones; y cuando se da la vuelta porque su desarrollada escopaestecia se lo dice, yo me pongo de inmediato detrás de usted y le sigo a donde va. Debe reconocer que hago un gran esfuerzo en ello, por eso, de vez en cuando vuelvo a la playa en la isla Sandy y me tiro en la arena a esperar que mire con los ojos cerrados mi tierra natal de *Quelquepart*».

Leí estás líneas un poco antes de sentirme observado, desde todos los rincones... Como había dicho arriba, siento pasión por los escombros y no puede menos que acordarme de la casa de Carlos Argentino, con sus pretensiosos poemas sepultados y en algún lugar un punto que podía ser mirado desde cualquier parte del universo. De pronto me sentí así, como que en verdad ella y su habitación me vigilaban... por un momento tuve cierto terror hacía lo panóptico.

Descifré el significado extraño de la habitación:

sus actos eran una escritura cifrada; la razón de la ropa en acomodo imposible era jugar con mi lógica, mostrarme el potencial de los distintos métodos para llegar al mismo sitio. Luego, del escritorio comprendí que lo abandonado allí era una especie de mirada a su alma, como había rechazando lo mezquino y valorando el significado extendido de aquello que estaba ausente. El itinerario era una luna de miel y el mapa jugaba con la espectativa, afirmaba tácitamente que todos lo espejos se equivocan; las islas señaladas no existían, eran geografías fatamorganas. Comprendí que allí, en cualquier parte, estaba ella.

Para cuando le dije a mis clientes que aquella a quien me habían mandado a buscar estaba siempre trás de mi y que por más que la perseguía no daba con su presencia, me tomaron por charlatán. Cosa predicha al pie de la letra por la enigmática en sus epístolas. No por ello me despidieron, pero hicieron incapié en que se me había pagado y debía cumplir con mi trabajo. Ella también predijo esto. Entonces me pregunté si no había estado actuando involuntariamente a su conveniencia, si al leer esas páginas mesméricas no me sugestionaba para cumplir obedientemente un cometido secreto. Deseché la idea y sólo así pude comprobar que era una suposición acertada. Desde el principio había caído en su conspiración, porque alguien tan lista como ella sabía que enviarían a alguien como yo, había diseñado la forma más eficaz de entretenerme en juegos mentales. Entonces, ¿qué hacer?

La última carta tenía la respuesta: «Detective querido, ¿Beltsasar?, vaya a *Quelquepart*. Cuando acabe de leer esta línea va a descubrir que se ha enamorado de mí —y fue verdad—. También yo me he enamorado de usted, y pronto comprenderá por qué —la razón es que

ella sentía pasión por el potencial del las cosas, su vida era predecir de manera precisa el devenir de una hoja al viento que terminaría seca y quebrada en un charco de lluvia, mismo que yo pisaría en dos días, después de leer ésta carta; y haría mi acostumbrada reconstrucción de cómo la hoja había terminado allí, cosa que me llevaría a seguirla con la mente por el viento hasta la mirada de ella y comprendería que había allí un amor a medio camino de naufragio y a medio camino de zarpar de nuevo—; ya nos hemos amado, yo desde la anticipación y usted desde la reconstrucción. Nos veremos sólo una vez, el tiempo suficiente para que todo dentro de su existencia se quiebre y sea feliz con tanta destrucción».

La vi, por supuesto, un momento, cuando regresó por su itinerario de viaje a esa habitación, dijo que volvería a *Quelquepart* y que me amó de una forma total mientras duró su vida. Se fue tal y como vino y yo me quedé con la tristeza, cosa de la que soy capaz de rehacer ese amor intenso y extraño. Pienso que quien está en paz con sus perdidas no sufre los estragos de la nostalgia.

31 de enero de 2020

MUSA SIMÉTRICA: LOS PAPELES DE ASPEN

Una musa elemental (creo); cuento descontado (¿malcontado?). Otra fantasía vertical: páginabajo, sobre lo *mismo diferente* y lo *diferente igual*: complementos y complementariedad (también, creo). ¿Será, querido lector, que logras ver la constancia en mi inconstancia? Sí, sí; hablo de lo de siempre. No sé (y no me importa), leamos, para pasar el rato (roto). Un *ostinato* Cordial de Cordelias: 9/8, es largo, lleva el ritmo con calma.

Las mujeres toman siempre la forma
del sueño que las contiene...
Cláusulas / Juan José Arreola

Querido Ambrose, crucé la frontera con México, tal y cómo me dijiste; en efecto, no he tenido grandes complicaciones y tus credenciales periodísticas me han ayudado mucho con las autoridades de este país. Hice mal en aplazar tanto este viaje y no escuchar tus palabras de entonces: *"La pestilencia del despotismo es mejor a la pestilencia de la anarquía; Porfirio Díaz lo sabe, por eso trata de valerte de un sólo poder para que te ayude en tu labor, no esperes a que ese país se consuma a sí mismo y la anarquía —que no es otra cosa que una democracia de tiranos— te lleve a tratarlos a todos como si fueran soberanos."* Cuánta razón no tenías, y heme aquí, en medio de una guerra, buscando aquello que viejas leyendas nos hicieron soñar.

Según los guías, tenemos que recorrer medio país para llegar a San José Xolaltlacatl, el misterioso pueblo

del altiplano donde jamás se ha visto mujer alguna. Me han dicho que iremos por mar desde un embarcadero clandestino en Cabo Pulmón; yendo por el océano Pacífico, circunnavegando las costas orientales de México, para evitar la ruta más corta, que es por tierra; los conflictos armados, los salteadores de caminos y la hostilidad general que se vive son suficiente motivo para retractarse de hacer cualquier incursión, pero si esta guerra continúa y se extiende hacia el centro del país, puede que nunca llegue a ver con mis ojos los llanos de San José.

Adiós, adiós, mi buen amigo; si la fortuna nos favorece, nos volveremos a encontrar en la frontera.
A. G. U. Aspen
Agosto 24 de 1911

25 de agosto.

Vamos rumbo a un puerto en Baja California. El camino es tortuoso; nos ocultan altas polvaderas y se respira un aire escocedor. Trato de no pensar demasiado en ello. No conforme con la adversa naturaleza, me contaron que las cuadrillas de revolucionarios vienen a esconderse por estos lares y que aquellos que pelean por la libertad no tienen empacho en volverse ladrones si la ocasión lo amerita. Tal vez la única alegría que tengo es poder poner en práctica el precario español que domino. Seguiremos cuatro días más hacia el Sur, viajando de noche y descansando de día. Pienso mucho en San José Xolaltlacatl. Contemplo los reportes y notas que recabé sobre el pueblo desde que me enteré de su existencia. Siento que colecciono testimonios de un espejismo: *El asentamiento de San José Xolaltlacatl fue fundado en 1689 por un hacendado criollo. / Los cronis-*

tas relatan que los moradores de los pueblos aledaños secuestraron a las mujeres de San José. / Todo comenzó por el agua, es escasa en la región, excepto en Xolaltlacatl. / "No hay mujeres en San José, se las llevaron a todas, menos a una; Sabina que estaba escondida en el lago." / En 1712 pasó lo impensable, un diluvio puso bajo el agua al pueblo y creó un lago, se refundó San José a orillas de este lago. / "Entonces Sabina, que veía como se las llevaban a todas se fue a meter al lago." / El paisaje es triple: el nuevo pueblo reflejado en el lago y bajo el agua el viejo pueblo.

Estoy muy inquieto, Ambrose, hemos pasado una noche de terror; la bola (como llaman a esa turba de indios enloquecidos) nos persiguió buena parte del camino. Salvamos el pellejo por poco. Amigo mío, quizá ya no estoy para estas aventuras; no soy más que un ratón de biblioteca que por no encontrar la respuesta a una pregunta en los libros, ha tenido que salir de la comodidad de su hogar para buscarla. Zarparemos en unas horas, confío en que la mar nos sea más benigna, debemos llegar a Acapulco en cinco días, desde allí emprenderemos el camino por tierra de nuevo... jamás llegué a soñar que el agua pudiese ser más estable que mis pies sobre la tierra.
A. G. U. Aspen
Agosto 29 de 1911

30 de agosto.

Me arrepiento de haberle dicho a Ambrose que la mar era estable. Las olas están embravecidas y arremeten contra el navío como queriendo escupirlo fuera del agua. No tengo estómago para seguir escribiendo.

La travesía por mar se me hizo eterna, Ambrose; la segunda noche vimos en la —no tan lejana— costa, un infierno. Me han dicho que era un pueblo nayarita que tuvo la mala fortuna de ser escenario de un enfrentamiento. La línea de fuego se prolongaba por buena parte de la playa... sentí que esa pared ígnea nos seguiría como una marea en tierra, inundando planicies, bosques y pueblos y que no nos dejaría desembarcar. Aún al amanecer y ya bastante lejos, pude ver una torre eterea y oscura de humo. Es el sueño de la muerte. Cada metro que me acerco a San José siento que es un día menos de vida que sacrifico en pos de un capricho, pero ya estoy aquí, volver sería tan vergonzoso.

Te escribiré de nuevo cuando haya llegado al Xolaltlacatl. Calculo que mis cartas te llegarán en octubre y espero poder reunirme contigo en noviembre, amigo.
A. G. U. Aspen
Septiembre 5 de 1911

5 de septiembre.

Me siento como un centauro. ¡Qué vivificante sensación es cabalgar por los llanos mexicanos! Iremos despacio, pero ¡qué ganas de volar!

6 de septiembre.

Una enorme aguila voló sobre mi cabeza y pasó rozando sus plumas con mi frente, salvándome de un peligro inopinado; destrozó una serpiente que estaba en mi camino. Mis compañeros de viaje, hombres tan fuertes como supersticiosos, ven en este episodio un buen augurio.

7 de septiembre.

Acabamos de llegar a las afueras de Cuernavaca, las pocas gentes que se ven por los caminos me cuen-

tan que en el centro del país se vive un clima general de tristeza e incertidumbre.

8 de septiembre.

La comida es fuerte y mi digestión débil. Andar se volvió un suplicio, por ello acampamos. El plan es rodear la capital, del otro lado, colindando con Tlaxcala me espera San José Xolaltlacatl.

Te encantaría la estampa que ofrece San José, Ambrose. A la distancia se adivinan las casa altas y oscuras, diseminadas sin estar demasiado lejos las unas de las otras y el reflejo luminoso del lago es pacificador. Mis acompañantes me abandonaron antes de poner un pie en el camino principal que conduce a la plaza; en San José no se admite a nadie. Ya en la entrada, todo luce deshabitado, hay una atmósfera fantasmal. Dicen que a los mexicanos no les asusta la muerte, que al contrario, prefieren abrazarla cuando se les acerca; esta tierra debe transtornarle las ideas a uno porque, si la muerte pasara junto a mí en este instante, la abrazaría sin rodeos. Te escribo estas líneas con premura; veo que se acerca un hombre, el primer xolaltlacatltepeño que veo. Adiós, amigo, prometo escribir pronto.
A. G. U. Aspen
Septiembre 9 de 1911

9 de septiembre.

Me recibió el cura del pueblo. Su nombre es Jaime Alba, por sus maneras y modales se nota que es hombre prudente y receloso. Tuve que mentirle para que me permitiera pasar la noche en la parroquia. Le dije que era corresponsal de guerra de un periódico norteamericano, quizá no fui lo bastante convincente pues, estoy

muy lejos del conflicto que ve sus más encarnizadas batallas en el norte. Pongo atención a todo lo que veo y en efecto no me he topado con mujer alguna.

Más tarde.

El cura Alba me ofreció una cena frugal. Es de conversación ágil y me sorprendió su gran cultura. Dice que se ordenó aquí mismo, a los xolaltlacatltepeños se les prohíbe salir del pueblo, así que, él tendrá la obligación de formar a su sucesor. Mañana me llevará con el jefe del pueblo.

10 de septiembre.

Dormí poco por la inquietud; desperté en la madrugada y observé la calle desde la ventana de la habitación que me dispuso el padre Alba. Me intrigó una lúgubre procesión que recorría el camino: cuatro hombres con teas y antorchas parecían inspeccionar los soportales de las casas. Me volví a acostar pero sin poder dormir del todo.

Al amanecer.

El padre Alba me llevó con el jefe del pueblo: mientras nos dirigíamos hacia su casa, yo iba escrutando cada cosa a mi al rededor: vi ancianos, adultos, jóvenes y niños, todos hombres, ni una sola mujer, ni siquiera rastros. Me presentaron con Don Álvaro Álvarez, es un hombre entrado en años, de semblante adusto y mirada de escepticismo; el rasgo común que comparten todos los hombres de San José parece ser esa mirada de suspicacia, la que es mucho más acusada en Don Álvaro. Ha debido notar que me di cuenta de ello, porque después de los protocolos, me dijo estas o parecidas palabras: *«No es nada personal, señor Aspen, como cabeza de mi comunidad tengo que permanecer alerta ante cualquier forastero. Debe saber que no son buenos tiempos para las gentes tranquilas. Todo lo malo nos vie-*

ne de fuera, lo sabe, ¿verdad?, como las enfermedades que llegan a un cuerpo sano. Ha sido así desde siempre, desde que se fundó San José Xolaltlacatl». Hablamos de baladíes y no después de muchas reservas me permitió extender mi estadía en el pueblo por un par de días más.

Por la tarde.

Salí a recorrer las calles. El lugar, aunque es pequeño, da la sensación de ser un gran laberinto; y la imagen mental que tenía del pueblo cuando lo vi a la distancia no se corresponde con la dimensión aumentada que parece tener estando en él, todas las casas son tan similares, y los hombres actúan de forma tan maquinal que ver una escena es haber visto ya todo el pueblo. Trabé conversación con algunos xolaltlacatltepeños, la mayoría le hacen honor a la palabra parquedad, cuando he visto su poca disposición para satisfacer mis curiosidades, preferí no presionarlos. Sólo los niños parecen más dispuestos a dejarse interrogar, pero tienen poco que decir en realidad. Es sorprendente: algunos, los más chicos, ignoran el concepto de madre o nunca han visto mujer alguna; otros, los mayores, dicen tener madre y visitarla a veces. Las informaciones son contradictorias y confusas.

Ambrose, han pasado tres días y dos noches; en ese tiempo visité prácticamente todo el pueblo y hablé con varios de los habitantes; en efecto, como dicen los libros y los testimonios, San José no tiene ninguna mujer, a no ser que estén ocultas en algún sitio, algo que dadas las condiciones y actitudes de los pobladores, parece poco probable. Mi estadía no se podrá prolongar sin un buen motivo y eso me preocupa, no sé de qué pretexto podría valerme para convencer al jefe del pue-

blo de alojarme por más tiempo. Necesito ganar su confianza. Esta misiva se queda hasta aquí, querido amigo, debo aprovechar cada momento.
A. G. U. Aspen
Septiembre 12 de 1911

12 de septiembre, poco antes de medianoche.

El padre Alba me trajo un recado de parte de Don Álvaro. Me pregunta que si mis necesidades están ya satisfechas, para poder seguir con mi camino. Parece más bien un ultimátum. Miro por la ventana, la extraña guardia nocturna hace su recorrido... ¿debería seguirlos? se me agotan las opciones.

13 de septiembre, por la mañana.

Seguí a la guardia por todo el pueblo, ocultándome de su vista... no debí, lo sé... pero la curiosidad pudo más conmigo. Valió la pena porque... fui testigo de un prodigio. Los hombres se reunieron a orillas del lago de San José, iluminaban la superficie próxima del agua con varias antorchas. A la distancia, casi al centro, distinguí la aguja de la iglesia sumergida. Los cuatro hombres partieron hacia ella en una amplia embarcación; de repente aparecieron más barcos desde otras partes del lago, todos navegando en dirección al mismo sitio. Al reunirse en el centro, divisé más formas humanas; no estuve seguro de inmediato, pero la noche no pudo ocultar lo que ya sospechaba; las naves se llenaron de mujeres. Las mujeres de San José Xolaltlacatl salían del campanario como otrora debieron salir los repiques anunciantes. Los barcos estuvieron paseando por las aguas largo tiempo; después, se reunieron en el campanario una vez más y no pude menos que pensar que eso era la punta del iceberg y que el secreto de la ausencia

femenina de San José yacía bajo el agua. Las barcas se fueron vaciando, las mujeres volvían a su escondite submarino. Decidí no perturbar más el misterio y volver al pueblo, vacío, en ese momento, tanto de hombres como de mujeres.

Por la tarde.

Un destacamento del ejército nacional entró al pueblo, seis hombres de a caballo. Venían con una orden de leva; era mi oportunidad para ganar más tiempo de estancia en San José. Tuve el acierto de intervenir antes de que apareciera Don Álvaro. Hablé con el capitán del destacamento, haciéndome pasar por diplomático de mi nación, por suerte siempre cargo mis credenciales de la academia de ciencias de I...; abusando de su ignorancia de mi idioma, lo persuadí de que me encontraba allí en una importante misión extraterritorial y que era de vital importancia no hacer salir a nadie de San José. Ignoro cómo es que logré ser tan convincente, pero sucedió; de modo que, al aparecer Don Álvaro con el padre Alba, los soldados comenzaban a partir. Al principio el jefe se desconcertó por mis acciones, claramente un periodista de guerra que se aleja del conflicto no actúa normal; hube de recurrir a una nueva treta. Miré con seriedad al padre Alba y a Don Álvaro y les dije estas o semejantes palabras: *«Hay mentiras tan grandes que no se pueden sostener por mucho tiempo. A estas alturas es obvio que nadie se va a creer mi cuento de que soy corresponsal de un diario. No vine a cubrir conflicto alguno; estoy en San José esperando por algunas personas que deben salir del país... Comprenderán que la situación es delicada y debo viajar con discreción. Mi intención no es perturbar su vida cotidiana; Don Álvaro, debo pedirle paciencia hasta que mi gente llegué, no tardarán más que un par de días y mientras tanto yo*

puedo serles de utilidad para que se deshagan de los reclutadores que insistan en llevarse a los hombres de San José». En un principio, el semblante del jefe se tornó sombrío, pero se fue suavizando. Consintió en alojarme un poco más, siempre y cuando despachara a los soldados y procurara no entrometerme en la vida de los xolaltlacatltepeños.

14 de septiembre, por la mañana.

Ayer en la noche me recluí en mi habitación, había dormido poco la víspera y me proponía descansar. Fui concibiendo la idea de visitar el lago de San José para descubrir el secreto sumergido junto con la iglesia. Al rededor de media noche vigilé por la ventana, esperando el paso de la guardía nocturna que seguramente haría su rondín. La oscuridad se fue acompañando de una niebla que, tal como el mutismo general le pueblo, ocultaba las formas, dejando sólo rastros de difusas apariencias. Después de un rato, pude divisar las opacas luces de una lenta procesión proveniente del lado opuesto de la calle, me apresuré a salir con total discreción. Anduve persiguiéndolos por varias calles, escondido entre sombras sobre sombras y rumores nocturnos; después de un tiempo, los centinelas comenzaron a separarse uno por uno en tal o cual calle y desaparecían tras las puertas de sus viviendas; me fui quedando solo. Hasta entonces y con toda precaución puse mis pies en marcha del lago. En el sitio donde había visto la primera barca zarpar la noche anterior, hallé una canoa; no me decidí inmediatamente a subir y remar, pues la niebla sobre la oscuridad era mayor en la superficie del agua. Sentí como si la naturaleza se empeñara en aumentar el abrigo de misterio que ya de por sí era el centro lacustre de San José. Calculé la posibilidad de que pudiera navegar con una antorcha para guiarme sin que eso

llamara la atención, pero a la par sentí un inquietante delirio de persecución; deseché la idea al cabo. Era preciso ir a ciegas. El remedio para el miedo es actuar; subí a la canoa y comencé a remar. Sólo entonces, en la superficie del lago, noté el frío que amenazaba con aterir mis brazos; tenía que dar con el centro, no iba a soportar mucho tiempo aquella gelidez. Remé sin saber bien en dónde estaba, internamente me reprochaba mi falta de previsión; tal vez si hubiese diseñado un plan... mientras pensaba en esto, un resplandor pálido y arrebolado comenzó a brillar bajo el agua. No sé qué miedo disfrazado de valor me hizo permanecer inmóvil un segundo, pero presto para salir corriendo sobre el lago si era necesario. La luz se intensificó y la transparencia líquida del aire submarino del pueblo sumergido me permitió distinguir las casas y las calles, todas periféricas a la iglesia que hacía las veces de faro. La respuesta estaba a mis pies, seguí las luces acuáticas no sin reservas, aquella iluminación centellaba como los ojos de legendarios monstruos marinos. No pasó mucho antes de que alcanzara el campanario. Los arcos espaciosos estaban sellados, pero se percibía que estas entradas accidentales eran usadas con frecuencia; estaba temblando, mezcla del frío y la emoción. Forcé la entrada y en un segundo ya estaba en el interior de la punta oscura de la iglesia, recorriendo la estrechez del lugar; mi pie tropezó con una campana de buen tamaño; su contacto con el suelo ahogó un poco el ruido que el golpe despertó, aunque no lo suficiente como para que otras campanas no simpatizaran con la vibración; el momento musical me puso alerta. Encendí una vela. Los mexicanos dicen que las mujeres no deben subir a los campanarios, pues las campanas se ponen celosas y se niegan a cantar, hasta pueden llegar a romperse

por las presencias femeninas. Aquellas damas aceradas estaban quebradas, no puede evitar imaginarme un tropel de mujeres secretas desfilando frente a las orgullosas campanas. Divisé el pasamanos de una escalera de caracol; el secreto de San José estaba siguiendo la espiral. Al pie de la escalera me encontré con una puerta por cuyos resquicios salía la luz que me había guiado hasta aquí. Abrí y salí a una especie de balcón interior que me permitía ver panorámicamente la nave principal de la iglesia; abajo estaban desperdigadas una multitud de mujeres de todas las edades. No reparé inmediatamente en ello, pero a medida que ponían más atención, me di cuenta de que las mujeres eran extrañamente similares; luego la similitud no fue la palabra adecuada porque eran idénticas. Y tampoco está palabra satisface lo que veía. Me frotaba los ojos; ¿qué era esto? ¿una fantasía? ¿una galería de espejos? ¿una alteración de la luz?: niñas con el mismo rostro que las mujeres; mujeres con los mismos rasgos que las ancianas; el sueño de la originalidad vino a morir aquí... deseaba hacer una fotografía... hermanas no, gotas de agua no: eran el agua toda, una misma semejanza idéntica a sí misma, reflejos ellas de todas ellas y ellas *una*. Bajar hubiese sido imprudente, me conformé con mirarlas largo rato, se dedicaban a faenas cotidianas. La naturaleza de su existencia justificaba el haberlas dejado aquí, ocultas de todo y de todos; pues, lo profundamente cristianos que son los mexicanos les habría llevado a destruirlas. En realidad cualquier ser embriagado de piedad estaría dispuesto a destruir el mínimo rastro de continuidad anómala. Acepté la realidad a pesar de toda su imposibilidad, sólo así se puede comenzar a buscar una explicación: dos o hasta tres mujeres idénticas eran algo probable, pero tendrían que ser de una misma edad.

Era contra natura que en cada generación no hubiese un mínimo de variedad entre los rasgos de los individuos, sobre todo pensando que los hombres de San José sí eran diferentes entre sí... al menos en cuanto a lo físico, porque en sus maneras y gestos parecían actuar como si fueran la misma persona. Pensaba en esto cuando una mujer gritó *«¡Un hombre!, ¡Hay un hombre allá arriba!»*, a su voz le siguieron otras y con ello reconocí el unico atributo de identidad y diferencia que tal vez tenían: la voz. Sus timbres eran distintivos; en su griterío no reconocí esa uniformidad que había en sus rostros, las voces clamando incordiaban bastante entre sí. Deshice el camino...

Por la noche.

No pude seguir escribiendo. Los xolaltlacatltepeños descubrieron que visité la iglesia sumergida. Don Álvaro habló conmigo y descorrió el velo trás el velo... el secreto mayor de San José no sólo son sus mujeres acuáticas. Salí del pueblo antes del anochecer, sé que me persigue... no quiero ni pensar en qué podría sucederme si me encuentra...

Ambrose, amigo mío cuánto estoy lamentando escribirte esta carta... ¿la última? —es posible...—. Me temo que soy objeto de una persecución, que si llega a concretarse y soy capturado, sólo puede depararme un aciago destino... ¿¡Fatalismo que debo cumplir!? Ya te imagino diciendo que hablo del destino porque me equivoqué. Las ventanas de la esperanza se cierran para mí, pero antes de que eso pase, me avengo a legarte mi descubrimiento; mi vida: Cerca del que antiguamente fue el territorio tlaxcalteca, en una región semiboscosa del altiplano que ha venido siendo tierra de lagos desecados, se levanta un pueblo reflejo de sí mismo, San

José Xolaltlacatl. A principios del siglo XVIII, un diluvio azotó al asentamiento original, dejándolo bajo el agua; sus pobladores, pensando en sus muertos ahogados, levantaron de nuevo sus viviendas a las orillas de este lago. Lo que primero fue una tragedia, luego fue motivo de prosperidad, pues el pueblo tenía una fuente segura de agua aún en las estaciones secas. Se dice que la vanidad de los xolaltlacatltepeños por su lago y el hambre de los pueblos vecinos los llevó a conflictos que culminaron en el rapto de las mujeres de San José, desde entonces no se habían visto mujeres en el pueblo. Pero, cada tanto, los viajeros que iban de paso testimoniaban que, misteriosamente, siempre había niños, además de hombres de diversas edades. Mujeres tenía que haber, pero ¿dónde? Como sabrás por mi diario —que te envío con esta carta—, descubrí la razón y naturaleza por la que las mujeres no están a la vista. Escribo para ti lo que vendría a completar el relato que dejé inconcluso en el diario:

Don Álvaro y su gente me esperaban en la orilla del lago. Por su actitud me di cuenta de que estaban al tanto de mis pasos. El jefe me soltó sin rodeos estas o similares palabras: *«¿Ya las vio? Son nuestras Sabinas, señor Aspen. Todas son la única mujer que nos quedó después de que se llevaran a las otras. Fue hace tanto, yo era muy joven»*. El padre Alba continuó hablando, como siguiendo el hilo del mismo discurso: *«El lago de San José es casi una circunferencia perfecta, desde las orillas no se distingue esta disposición geométrica, precisa la distancia y el ojo inmóvil para notarlo»*. En ese momento, otro hombre habló de entre la oscura multitud: *«Cuando se llevaron a las otras, vine a esconder en una barca a mi Sabina, nos estábamos prometidos»*. Un joven que se acercaba continuó: *«¿Puede creer que el amor que*

uno tiene por alguien sea suficiente para conservarlo en este mundo más allá de la vida y la muerte?». Mi inquietud creció al oír la precisión con la que se intercalaban mis interlocutores en su único discurso: *«No quise otra mujer más que a la misma. San José me dió la fuerza para proteger la imágen y la semejanza de Sabina, pero con el tiempo término por desvancerse de tantas veces que se repetía en el ciclo incesante de dar vida»*. El prodigio continuó en boca de un anciano: *«Tal vez se repartió o tal vez simplemente su naturaleza era la de perderse paulatinamente. Y como ella, yo me perdí también, o al menos parte de mí; porque yo, Álvaro permanecí siendo el mismo en voluntad y pensamiento, el mismo cada vez que nacía y volvía a ver el rostro igual y permanente de Sabina»*. La voz tenue de un niño de trás de mí, siguió: *«Soñamos estar aquí. Permanecer. Soy Hijo de mis Hijos, Padre de mi Madre, atrapado y solo. Mi Sabina no es la que amé, me queda la cáscara. Pero me aferro a ella igual que como lo hice en aquella noche de invasión, en la que los enemigos se llevaron a mis hermanas. ¿Se da cuenta, Señor Aspen, que el lago es un disco, entonces, gira el disco y da la ilusión de ser una esfera?»* Estaba procesando lo que proponían sus palabras, creyendo y dudando a un tiempo que, correspondiente a todas las mujeres que era la misma en apariencia, había un sólo hombre repartido entre todos los hombres de San José. Caminaban hacía a mí, ahora hablando este: *«La niebla es el volúmen»*, ahora hablando aquel: *«Las tres dimensiones que conforman este espacio: afuera donde yace el movimiento; la superficie que es frontera; el interior, donde reposa la inmovilidad»*. No esperé más y salí corriendo, perseguido por un hombre múltiple; miraba de hito en hito: el lago del que me alejaba, con la iglesia en resplandor bajo el agua y el camino oscuro del llano

que me ofrecía poca esperanza de escapar. Luego la luz del agua se atenuó y Don Álvaro y todos sus yoes se dieron cuenta, deteniendo su persecución. Seguí corriendo con la sensación que algo malo había pasado con las Sabinas. Ahora mismo es cosa que tal vez nunca llegue a saber.

Ambrose, tú que has visto muerte y opulencia, y escrito sobre improbabilidades ¿creerías lo que viví? Le doy vueltas buscando una explicación. Don Álvaro amaba a una mujer imposible, y si tal y como dijo, su existencia se fue repitiendo, su mente estaba en un bucle yendo sobre sí mismo con la sola y terrible idea de volver a estar con Sabina, quién a su vez se fue atenuando en cada ciclo y retorno, ¿y si Don Álvaro en su afán por preservar a Sabina terminó siendo la fuerza que erosiona aquello con lo que se empeña en unirse? Es un misterio insoluble, amigo, uno que inflama la imaginación y me hace querer terminar esta carta con alguna cita sobre cosas que escapan de nuestra comprensión... pero prefiero dejarte la literatura a ti.

Adiós, amigo, adiós. Si la fortuna... si la suerte, no sé... adiós, querido Ambrose.

A. G. U. Aspen
Septiembre 15 de 1911

29 de junio de 2020

INMARCESER DE AQUELLA MUSA + GLOSARIO

De un tiempo a esta parte —frase architrillada, no sólo lugar común, sino paso peatonal del tránsito cultural— viene una musa nueva de no haber sido nunca, y de no haberse gastado jamás. Prodigio de la más alta novedad, aquello que está en las cosas no sólo *no hechas aún*, sino *jamás hechas nunca*. Nada que no se haya dicho antes, por lo tanto, dulce discurso y teoría. Léase con moderación, puesto que cada vez, es la última vez.

Presentir que en un segundo de vida intensa
revivimos virtual y actualmente el universo.
Prólogo al Corazón doble / Marcel Schwob

Desde que se descubrió que la sucesividad del *Tiempo* era una ilusión, fue abolida la relación de las causas y los efectos. Y aunque el *Espacio* es una permanencia única, el *Tiempo* lo multiplica; y tenemos a cada *momento* un diferente *aquí* [cosa que no ha terminado de darnos la pauta de que si el *Espacio* en sí es uno y luego con el *Tiempo* es muchos, podemos decir que en efecto: el *Espacio* es uno en sí; pero como no hay causas ni efectos, entonces no hay respuesta —aunque el *no haber respuesta* sea un efecto de su necesaria causa—]. Van los hombres viviendo en el *aquí ayer* o el *aquí hoy* que les toca [llamados *ayer* y *hoy* (y *mañana*) sólo por la conveniencia de distinguirlos entre sí]: circunstancia

que me permite permanecer en esta habitación sin importunar al yo del *momento* de al lado ni al del *momento* del otro lado, pues cada cuál tiene sendo *momento* para habitarlo cómodamente sin intervenirnos. Puedo —Yo— hacer a*quí* y *ahora* lo que me plazca sin que el yo del más allá en el *Tiempo* sin dirección sufra por lo que decido: prodigio del verdadero y real libre albedrío, un actuar sin consecuencias, porque los antiguos actuares —antes del descubrimiento de la ilusión del *Tiempo sucesivo*— tenían siempre multitud de consecuencias que producían remordimientos —hoy también abolidos—, es decir que nada que hagamos y nos traiga arrepentimiento puede ser resultado de la libertad, sino más bien consecuencia del castigo de la *sucesividad*, que es un esclavismo.

Como sigo diciendo, vivo mi *momento* con estrechez de tiempo pero con largueza de estar a mis anchas en el *Espacio* que cabe en este segundo: cantidad universal nada desdeñable. Conozco mi *momento* como si fuese el hemisferio visible de B 612 en la página de aquel bonito libro. Tuve la suerte, creo, de haber nacido en la coyuntura auroral que tiene mucha noche de un lado y poco día del otro; tampoco me quejo, porque a veces me asomo al *momento* de *muy allá* y puedo ver el atardecer cuando para mí nunca llega ni el mediodía. Mi *momento* es acogedor y tengo todo lo que los *momentos* de atrás tenían, más algo que es solamente mío: me tocó leer la primera página del libro de los viajeros sin hogar, que al no haber partido nunca, en realidad tampoco han llegado a viajar. Conocimiento que me da la vanidad de ser uno de esos extraños seres que son de alguna forma lo que no llegaron a ser. Quiero decir que he caminado mi *momento* por arriba y por abajo sin haber dejado de habitarlo subitáneamente. Pero no es

el caso hablar de continuado sobre lo que no puede ser gran cosa.

Era mi *momento* tal cual siempre, sin alteración de nada; hasta que se apareció ella. Me da cierta vergüenza admitirlo, pero no conozco su nombre, pues viene de un *momento* cuando éste yo que soy Yo no conoce todavía la palabra que la nombra. He de decir que conozco todas las palabras que hasta este *momento* los otros yo han sabido, pero como sólo sé de los yo que fueron, no sé las cosas que los yo que serán saben. A ella no le molesta mi ignorancia de lo porvenidero, se porta indulgente. Viene de un *momento* donde descubrió que me amaba más antes de que yo supiera quién era ella. Quiero decir que ella amó a un otro yo hasta el momento en que dejó de amarlo y se le ocurrió que extrañaba lo que yo había sido antes de ella: es decir a mí, al Yo del *aquí en éste momento*. Sin temor a nada, dejó a ese yo que dejó de amar y ha venido a invadir éste *momento* en mi busca. Sabía que vendría porque ella ha estado visitando todos los *momentos* antes de que ella apareciera en las vidas de los yo de antes de ella. La había visto en el *momento* vecino, notablemente furiosa porque su pretensión se acaba cuando contamina los momentos de su inexistir con su estar allí. Va saltando al *momento* de antes, dejando tristes a todos, pues cuando la conocen, la aman y al amarla, ella deja de amarlos, pues siente añoranza del ser que fuimos los yoes antes de ella. No parece tener voluntad de volver a habitar su debido *momento*. Siente ansiedad por no querer dejar de ser lo que no ha sido. Ella es lo que en otro momento un yo amará, así que la naturaleza de ese hecho nos condena desde a priori a quererla. Como no he dejado de decir, deja un rastro de desolación mientras persigue un imposible. Cosa que me inquieta, por-

que por supuesto guardo en mí la sensación de haber tenido y haber perdido, pero no sabría cómo lidiar con la segunda mitad desagradable de ese todo. Prueba de la efectiva abolición de la *causaefectística* del mundo, que permite sufrir el dolor sin el golpe y el amor sin el enamoramiento.

De entre mis pasatiempos, cosa de decir no dejada de decir: paso el rato en mi *momento* recolectando el tiempo marchito de las flores del *aquí ya*. Por lo que en donde vivo no hay nada marchito, y el marchitante tiempo se acumula en el *momento* de hace un momento, donde lo arrojo como quien defenestra su desesperación por la ventana. Quiero seguir diciendo que esto es importante porque por semejante procedimiento de tomar el brillo de la luz o lo líquido del agua: me ausenté de mi *momento* mientras pasaba el huracán que me busca.

Fui al *momento* después de que ella me abandonó a Mí, el otro yo, para saber qué se hace con el sufrimiento —sensación a la que no he sabido extirparle el dolor—. Grande será mi sorpresa al haber sabido que esa *ella* que anda pasos atrás no es la *ella* que yo creí: la veo allí, en su *momento* debido, oculta de tristeza.

Naciente pregunta me acosa: ¿si ella no falta *aquí después*, de cuándo es? Voy a todos los *momentos* en que se supone su tiempo se cruza con el mío de los otros, hasta que todo vuelva a acabar. Y en cada tiempo, ella está cuando debe de estar. *Ella* no es quien debe ser.

Mi momentánea ausencia de mi *aquí* termina y puedo continuar solo como estaba, antes del amanecer. Entonces *ella* sigue viniendo porque no se había ido, me esperaba. No dejo de preguntarle por su tiempo y ella no deja de no responder. Sigue insistiendo en callar. Le

hablaré sin interrupción de mi curiosidad. *Ella* me contesta que perderá su tiempo por fatalidad. Comprendí: *Ella* es lo que pudo haber hecho y no hizo en su tiempo. Estoy con un fantasma del deseo no satisfecho. Me abraza y sé que no tiene a donde ir porque nunca se fue y que tampoco puede volver por nunca haberse ido. Le leeré la primera página del *libro de los viajeros* sin hogar. Le regalo las flores inmarcesibles y le pedí que se quedara.

Glosario de conceptos aproximados

Ilusión: Idea cierta sobre un fenómeno hasta que la realidad impone su tiranía.

Causa: Medio del que se vale un *Efecto* para producir otro *Efecto*.

Efecto: Combinación de hechos impermanentes que nunca son producto de lo que se cree. p. ej. *la lluvia, que no es efecto del agua condensada en las nubes, sino efecto del empuje atractivo que genera la tierra sedienta.*

Tiempo: 1. País imaginario con tres territorios en conflicto: *ayer*, *hoy* y *mañana*. En otro tiempo del *Tiempo* que es un todo y que en realidad no tiene fronteras, hubo una gran guerra entre los proyectistas y los conservadores: tal conflicto propició la creación del estado neutro de los que *carpediemean* la vida. 2. El *Tiempo* es el dios de la abundancia y del derroche, inventor de las canciones y del miedo. 3. Fabulación de la mente humana que pretende atribuir a alguna fuerza las transformaciones que no son más que lo que siempre fueron.

Espacio: 1. Materia que puede resumirse en mapas pero que insiste en no parecerse a sus retratos. Es infinita hacía lo microscópico, por lo cual no es susceptible de mensuración, pero se acaba después de darle una vuelta en espiral. 2. Lugar donde está todo, incluso el *Tiempo*; se compone de espacios vacios que se colindan y en cuyas brechas y coyunturas es donde se produce el fenómeno de la tangibilidad. 3. La Nada que se conjuga con el *Tiempo*, que es el Todo. Femenina y física, se porta elusiva y es inventora de las flores.

Momento: Espacio que dura tanto como dicten el sentimiento y la percepción. Se han encontrado *momentos* milenarios, otros se sospechan tan cortos que quizá nunca han sucedido. Caben en donde sea y ellos mismos guardan una fracción infinita del Todo, pero detestan permanecer en un sólo lugar y una vez vistos, no se les vuelve a ver, pues se pierden entre la multitud de los otros *momentos* como si fueran el lugar donde una gota de lluvia estuvo antes de caer.

Lado: Fracción imprecisa del *Espacio* que está en todas partes, pero sobre todo en el lugar en que uno suele pensar que están.

Habitación: Célula del *Espacio* que se caracteriza por ser un vacío delimitado por paredes, ventanas y puerta. Se dice que gracias a éstas se logra crear el milagro del *lugar de adentro*. Sirve para guardar la privacidad, cosa tan grande que sólo cabe en un *lugar de adentro*.

Nombre: Espacio de tiempo donde cabe una persona, apretadamente. Debido a la gran cantidad de personas que hay en el *Tiempo*, los nombres se comparten entre

varios individuos. Se cree que el tener nombre produce la muerte pues delimita y los límites matan.

Agua: Tiempo material que se caracteriza por irse de nuestras manos. Cuando se congela su escape resulta más lento, pero por definición, es inasible.

Flor: Forma material del amor y la indolencia. Se compone de aroma, color y suavidad: según la proporción de cada cosa, pueden llegar a producir dolor o belleza.

10 de noviembre de 2020

¡OH, INMEMORABLE MUSA!

Memorabilia que ayuda al desconocimiento general de la musa ausente (y de otros famosos desconocidos); en éste cuento trato de hacer recuento de Mnemosyne y de Letheo, seres semejantes pero separados por su causa y su cause: ofrezco respuesta a la pregunta de *¿qué pasa cuando dos ríos se juntan?*: ambos se pierden como en la mente de Platón preguntando por las unidades que dan 2 en el 1+1. Léase *(en la medida de lo posible) sucesivo, como el agua que no se sabe dónde comienza y dónde acaba.*

Antes que nada, debes saber que hay una diferencia definitiva entre «no poder olvidar» y «recordarlo todo»; pues lo primero es una prisión, mientras que lo segundo es la absoluta libertad.

Polaridades: diferencias e imitaciones / Gabriela Témprano

«Si yo fuera un dios —se decía una vez más— no tendría memoria, puesto que al ser eterno, estaría existiendo incesante en todos los tiempos, viendo suceder simultáneos los eventos pretéritos, presentes y porvenires»

«Pero soy mortal, tan frágil que nací, como toda mi estirpe, bajo el signo de la corrupción»

Aletheo pensaba tanto en lo mismo, que de repente se confundía un poco entre lo que era el pensamiento primero y su posterior recuerdo; pues su memoria era prodigiosa, de una precisión tal que, a veces, no distinguía entre un hecho sucediendo y otro siendo rememorado.

Hacía días que no salía de casa, precisaba de un ámbito cerrado para evitar que las cosas que percibía fuesen evocadoras de recuerdos; una flor y toda la geometría implícita que poseía, la primera y todas las sucesivas veces que sus sentidos se encontraron con aquel género botánico, los días y las horas exactas de esos acontecimientos, luego el significado extendido: la flor y ella, la flor marchita sin ella, la flor antes de la flor, la combinación de aromas entre ella y la flor, la flor y su situación espacial, la flor general, la flor única en su expresión…

En efecto, para Aletheo, que podía conservar la detallada impresión de sus días, había un evento capital que constituía la proyección del futuro, y la determinación del pasado; de algún modo asoció todos los acaecimientos de su existencia con el tiempo en el que se amó con Syne.

Syne, aunque no era la antítesis de Aletheo, era contrastante con él; gustaba de la impresión novedosa de los sentidos, buscaba hacer todo como si fuera la primera vez, sin dejar que la experiencia contaminara el resultado de sus acciones. A Syne, por ejemplo, le gustaba recostarse sobre la hierba y mirar el cielo, sin pensar en todas las veces que así lo había hecho, sintiendo diferente cada interacción entre su cuerpo y el enorme espacio que la contenía. Aletheo, no perdía ninguna impresión, en su pensamiento se acordaba de que: *«Todas las cosas que hacemos, siempre se hacen por vez primera, aunque sean gestos conocidos y reconocidos»*. Veía a Syne y continuaba pensando en sus recuerdos: *«La asociación de elementos semejantes crea un modelo ideal de las acciones y los objetos, que eventualmente se vuelve el recuerdo unívoco que impera en la memoria de aquellos que no pueden aprehenderlo todo»*.

En la práctica estaba de acuerdo con Syne, pero, en la teoría, lamentaba que Syne no pudiera diferenciar, más que a fuerza de voluntad, todas sus acciones.

Aletheo no era ingenuo, en su primer encuentro con Syne, pudo vislumbrar con alta precisión el momento en que se separaría de ella definitivamente. Recordaba las cosas que aún no habían sucedido porque las que ya lo habían hecho, lo encaminaban sin contratiempo a lo determinado; esa previsión tenía un límite de no más de 4 o 5 años, por lo que con todo y todo, siempre había una eternidad de ignorancia frente a él. Esto nunca lo afectó y antes, más bien, le dió el alivio de vivir una vida con un propósito tan definido que era imposible equivocarse puesto que el error era resultado del acierto.

Al menos así había sido hasta entonces, porque el dolor calculado que había previsto lo estaba superando últimamente, cuando la memoria, dócil por naturaleza, comenzaba a salírsele de las manos y lo hacía recordar contra su voluntad la felicidad y el amor perdidos.

Desde hacía días que no podía poner un pie fuera de casa sin que lo asaltaran las visiones de lo acontecido, que lo llevaban a calcar las acciones de sus días más alegres junto a Syne, como si un yo del pasado tomara el control de su presente y lo obligara a ejecutar la pantomima de la felicidad; hacer de sus precisos recuerdos cosas que estaban sucediendo en ese instante.

Estas imitaciones que escapaban de su control le hacían perder el hilo de la realidad, porque eventualmente tenía que dormir, y al despertar comprobaba que Syne no estaba. Lo que sentía haber vivido era la falsificación de un momento único que vivió con ella. Lo irritaba bastante su perdida de noción; le quitaba el carácter de único a esos recuerdos de su vida con Syne,

pues para su memoria había seis o siete veces el mismo día, eidético, pero sólo uno era el original.

Al dolor de no estar con Syne, se le superponía el equívoco paliativo de recordar haber estado con ella la víspera. Entonces se quedaba quieto en medio de la habitación, haciendo una detallada distinción de lo que era real y lo que era falso. Y pensaba: *«Si yo pudiera olvidar contra mi voluntad, como recuerdo también contra mi voluntad, podría ser mortal y alcanzar la paz de la distinción. Poder desechar las repeticiones por que no hacen más que redundar en lo inútil. Pero tengo ante mí toda mi vida para examinarla y a menudo me acuerdo de mi acordándome de otro recuerdo, y me siento atrapado en una habitación con paredes de espejos».*

La única diferencia entre todos los lados de un triángulo equilátero es que cada cuál no es el otro; inclinación, longitud, y cualquier detalle es análogo entre cada recta, pero nunca llegan a la homologación y Aletheo que estaba perdido entre recuerdos, sólo podía asirse de esto para no terminar varado entre las repeticiones. En medio de la habitación dubitaba, sin llegar a darse cuenta del todo que, hacía mucho que recordaba la misma cosa: un enorme recuerdo compuesto de recuerdos igual de grandes; porque etéreos todos, cabían unos dentro de otros sin contradicción del espacio, puesto que no había espacio.

Harto de este bucle, donde su adorada Syne estaba cayendo en aquella repetición que él buscaba evitar, Aletheo tramó la solución definitiva, y consciente de que un mal recursivo no se puede combatir desde un sólo flanco, equilateró su estratagema:

A) No podía aceptar no estar con Syne, pero incapaz de recuperarla, decidió sucumbir a revivir los días que pasó con ella.

B) Pero para no traicionar la naturaleza de Syne con esta servidumbre, encontró en su memoria el momento antes de vislumbrarla en su porvenir. De este modo consiguió una forma de olvidar, superponiendo a todo recuerdo duplicado, la sensación de no conocer todavía, de no saber; pues la presencia de la ignorancia es capaz de encubrir cualquier fantasía.

C) La última determinación fue editar sus recuerdos, tomar un poco de todos para combinarlos y de alguna forma crear nuevas versiones de su vida con Syne, explotando las posibilidades infinitas de una memoria infinita, obligándose a recordar determinados gestos en determinados momentos, días felices que serían cubiertos con la esencia del desconocimiento al anochecer.

Sin embargo, éste abuso de la verdad para tornarla en mentira no podía haberse sosteniendo, sobre todo cuando presto para poner en marcha su plan, Aletheo se levantó por fin y saliendo a la calle por primera vez en mucho tiempo, se encontró con Syne, sin poder decirse si era ella o sólo la noción de ella.

11 de febrero de 2021

M(I) Ú(LTIMA) S(AETA), A(CTEÓN)

Fantasía, ficción y fantasma de tema teriantrópico ( ) ( ); hablo de geometrías contrarias que se corresponden o tal vez las famosas asíntotas —oblicuas—. Musa imposible que, por supuesto, inspira hasta la metamorfosis y la pérdida del principio porque a los ojos del amor, la luna y el sol jamás aparecen juntos en la plenitud de su esplendor, el cielo tiene espacio para una presencia a la vez; hace pensar en lo limitados que son los sentidos. Cupido ha dejado el cuento —y lo sigue dejando—. Por otro lado; reescribo un pecado de hybris: para ser el mejor cazador hace falta no poder cazar aunque sea una sóla presa, la excepción que amplia la regla, es paradoja (hasta al mejor se le va una presa viva). En fin, léase como un instructivo de lo que no se debe hacer, aunque sin el compromiso de ponerlo en práctica.

Para Disis, la última hora del día
y la primera de la noche;
porque ella es el beso que
el sol le da a la luna.

El hermano Theodor terminó su triste historia sobre una bella joven condenada a *la maldición del cisne*, que canta una sóla vez en toda su vida; entonces, todos los presentes quedamos un tanto melancólicos y cada cual sumido en sus taciturnos pensamientos. Esto no duró mucho pues, la tertulia nocturna no tardó en reanimarse una vez más cuando alguien avivó el fuego que lucía como una joya de fantasía.

Esa noche el club Serapio estaba bastante concurrido; se había dado libre acceso a la tertulia.

Luego otro tomó la palabra y comenzó a fanfarronear sobre una impresionante aventura que vivió en su juventud; escuchamos con actitud sardónica al darnos cuenta que nuestro descocido orador era víctima de todo lo que había bebido; el pícaro, con la copa de Bohemia en mano, fue reparando en que se estaba convirtiendo en un bufón; dejó su historia a medias y nos desafió a contar una aventura mejor que la suya. Su cómica indignación de beodo se tornó pronto en altivez cuando permanecimos en silencio; nos cohibía la idea de hacer el ridículo como nuestro compañero. De pronto, desde las sombras, una voz que parecía carecer de eco, exclamó: *Yo contaré de cuando fui un animal silvestre, y les aseguro que más extraña y fantástica aventura no oirán jamás de ser humano alguno.* Las murmuraciones no se hicieron esperar, cruzamos miradas de curiosidad; me pareció que nadie conocía al extraño y que cada cual podía suponer que era amigo de cualquiera de nosotros. El hermano Theodor celebró la idea de escuchar una historia tan particular y nuestro peroratador vió los restos de su orgullo ser pisoteados por el entusiasmo general que se había suscitado.

El extraño avanzó hacía el centro de la estancia y la luz del fuego nos descubrió una figura alta y estilizada; las prendas que vestía parecían responder al resplandor naranja y daban la impresión de ser el pelaje de un inopinado zorro, iluminado por el atardecer. En ese momento noté que no había escuchado los pasos que dió entre el tramo que hizo desde las sombras hasta la vista de todos; y estoy seguro que ni aún el hermano Theodor, diestro músico, oyó nada. El extraño se aclaró la voz y miró un segundo en derredor, como buscando

en el medio las palabras exactas para iniciar su relato. No creo exagerar al decir que su presencia elegante y su porte misterioso nos hipnotizaron desde el primer momento.

«—Deben saber, antes que nada, mis amigos — nos dijo con voz seca, como si sus palabras no fuesen a reberverar en el aire— que me llamo Actéon Renard y desde joven me ejercité en el noble arte de la caza. Mi familia poseía una cabaña en la campiña donde pasábamos del invierno a la primavera. Así que, mi padre me llevaba a cazar ciervos en diciembre, y perdices y liebres en abril. El andar por los bosques, el monte y el valle, abriéndome paso entre los arbustos y las ramas bajas, con la atención bien despierta para detectar los rastros y la presencia de los animales, templó mi espíritu y pronto me vi convertido en un diestro cazador. No había animal que pudiese escapar de mí; ni en el cielo, ni en la tierra, y aún en la pesca supe destacarme. Cumplí los 20 años con la reputación de haber cazado prácticamente todas las especies que la campiña podía ofrecer. O al menos eso creía, hasta que en una ocasión, vagando por la pradera en busca de un faisán, me detuve un momento para tomar una merienda frugal. Estaba recostado en la yerba amarilla que preludia al verano, miraba al cielo buscándole formas sugerentes a las nubes cuando me sentí observado. ¿Saben, mis amigos, que el cazador desarrolla una especie de sexto sentido; la conciencia de la naturaleza como una extensión de su propio cuerpo? Ningún buen cazador se puede jactar de serlo si el suelo bajo sus pies no es su propia piel sin solución de continuidad y el aire circundante su oído externo. Me moví muy lento, un músculo a la vez y con la respiración contenida para ergirme lo suficiente y poder divisar a mi espía. Mis ojos se cru-

zaron con una flama que andaba sigilosamente por los pastos altos, respetando cada filamento que cedía a su paso y volvía a su lugar después; los modos de víbora de aquel animal me produjeron una onda impresión; se acercaba sin pudor y en silencio o, mejor dicho, imitando el sonido de la yerba movida por la suave brisa. Para ser osado, es preciso ser astuto: la osadía sin astucia es estupidez, y éste animal tenía que ser muy perspicaz como para acercarse a mí sin el menor asomo de temor o duda; y es que, les digo, mis amigos, que el cazador tiene un alma pesada; es un centro de gravedad que antes de encontrar siquiera a la presa, ya la está capturando con esta fuerza de atracción; el animal, víctima del arrastre mortal, sabe que debe escapar, pero a medida que el cazador se acerca, el magnetismo se potencia y la fatalidad lo alcanza. Ésta criatura sin miedo, que serpenteaba hacia mí, parecía anunciarme que sabía sobre mi poder y que era inmune a él. Tendí mis manos en dirección al arco, porque el cazador se encomienda primero a *Panoptes*, cuando acecha a la presa y luego a *Briareo*, para actuar con celeridad y aprovechar todas las oportunidades que el animal ofrece. No bien había apuntado mi mortal saeta en su dirección, lo perdí de vista por completo. ¡Me burló, en toda la extensión de la palabra! La cólera se apoderó de mí seguida por la vergüenza; ¡en mis narices y a una distancia imposible de fallar el tiro!: un zorro me había eludido y yo no cabía en mi asombro.

»Así fue cómo comenzó mi obsesión por ese animal. La última semana que permanecí en la campiña, antes del fin de la primavera, me obstiné en cazar al zorro. Y fracasé en cada oportunidad que tuve desde nuestro primer encuentro. Ese zorro era el ser más esquivo del que jamás se haya hablado. Nunca lo ví por comple-

to, siempre que lo percibía y lo buscaba con la mirada, me encontraba con trazos de su cuerpo: una pata que parecía hacerse humo entre los claros del bosque; su desdibujado hocico que se confundía con las pardas y oscuras hojas de los helechos; sus tenues orejas que desaparecían y aparecían entre las rocas; y, por sobre todo, su maldita cola que era una vibrante flama, o un fuego de San Telmo terrestre... cada vez que estaba en su presencia y a punto de lanzar una tanda furiosa de flechas contra él, lo perdía de vista. Volvía a casa de mal humor y avergonzado, sin ningún trofeo, porque pasaba toda la jornada tras lo que parecía ser un espíritu y de ningún modo el inocente zorro que había supuesto la primera vez que lo vi. Mi mente embriagada por su elusividad buscaba explicarse cómo era capaz de burlarme en cada encuentro. Llegué a creer, por ejemplo, que no era un ser natural, que en vista de mi poder de peligroso cazador, el zorro se fraccionaba y andaba entre los setos hecho pedazos, engañándome con su presencia parcial en donde lo buscaba, sabiéndose omnipresente; también albergué la idea de que el zorro era un hijo del relámpago, que en el tiempo que me tomaba poner a punto mi arco —que modestia a parte es muy poco, menos que un parpadeo— él ya le había dado tres vueltas al bosque. Sólo así podía concebir que él lograra salir indemne en cada encuentro. El verano que siguió a esos últimos días de frustración fue una tregua necesaria, el zorro se alzó con algunas victorias, pero la guerra recién estaba por comenzar. Pase los cálidos meses de agosto y septiembre pensando en mil estratagemas para atraparlo; no podía pedir ayuda, hubiese sido admitir mi derrota, tenía que cazarlo sin ninguna intervención para que mi victoria final fuese limpia, lo suficiente para lavar mi honor. Por esa misma razón

descarté la idea de usar cepos y cebos, una presa tan sublime como el zorro no podía caer con esos ardides tan groseros; él me burló con elegancia y como tal, yo debía matarlo en un encuentro ínclito. Poco a poco, mi corazón se hizo a la idea de que la caza del zorro sería mi consagración. Incluso soñaba que después de una persecución sin precedentes, lo arrinconaba entre un obstáculo y mi arco guiado por los rayos del sol; en mis fantasías, lo hería con la última y sacra flecha de mi aljaba y de su herida no brotaba ni una gota de sangre, que así, el zorro ascendía hasta las estrellas y era catasterizado con todo y la mortal saeta que lo había ultimado».

La concurrencia permaneció tensa cuando Acteón se detuvo un momento y entornó los ojos en dirección al fuego que el hermano Theodor había avivado; me di cuenta que la súbita flama crecida en su presencia le estaba recordando la cola del zorro, en verdad que el hombre parecía dominado por el influjo feral de aquel idílico animal. Su mirada pareció leer en las lenguas ígneas los detalles secretos de su aventura y no bien el fuego se tranquilizó, Acteón prosiguió su relato:

«—La caza del zorro constituiría el éxito o el fracaso de mi vida; fui imaginando las dos posibilidades que podrían resultar de conseguir mi cometido o de fracasar: si triunfaba, me liberaría de la enfermiza necesidad de asolar al zorro, la mácula en mi alma se borraría, y en su lugar quedaría un resplandor naranja que por siempre me acompañaría como trofeo de mi hazaña; pero si el zorro volvía a escapárseme, aceptaría mi derrota, claudicaría y nunca más una flecha tocaría mis manos; aún más, la sombra del animal se extendería para siempre sobre mi vida. Oscilaba entre el entusiasmo y la desesperación: y la idea de la victoria se fue

imponiendo como un imperativo para mi existencia; pero, ¿cómo vencerlo? Analizaba nuestros encuentros: él carecían, en principio, del *miedo de la presa*. Cazar otros animales es fácil cuando estos sucumben al terror primario al que los orilla su instinto de supervivencia; corren en línea recta porque en su frenesí sienten que esta es la mejor forma de salvarse, pero no se dan cuenta que trazan un camino entre ellos y el cazador, que la flecha vuela sin óbice por esta senda invisible. Sin embargo, el zorro anda errático, goza de la libertad de no trazar caminos a su paso, y lo único que lo persigue es su propia sombra, que además lo protege. Cuántas veces mis proyectiles impactaron contra aquella sombra, quedándose estériles sobre la tierra o clavadas en el tronco de un árbol. El zorro, mis amigos, es la personificación de inteligencia en la fauna y también la presencia de la tarde perpetua en la naturaleza. El zorro está siempre a punto de anochecer, su color nos dice que tiene la energía del día y el conticinio de la noche. Tenía que buscar la manera de separarlo de su poder, de atraparlo en un tiempo donde ni su energía diurna ni su astucia nocturna le valieran para sobrevivirme. Y, escuchen bien, el único procedimiento que prevalecía en mi mente era: combatir fuego contra fuego, ganarle de su juego. Ningún arquero legendario hubiera asestado su venablo contra él: ni *Artemisa*, ni *Apolo*, ni *París*. La precisión nada puede hacer contra el andar etéreo y fragmentario del zorro; la respuesta para estos cazadores hubiese sido quemar el bosque entero y la pradera toda por una presa, pues el zorro estaba detrás de cada helecho, en cada copa y hasta en la última madriguera. No, debía buscar el modo de cazar al zorro sin cazarlo, de hacer que mi anhelo por él se tornara en desdén, como el que él mismo me tenía. Es una empresa

complicada aspirar a algo sin hacer nada concreto por conseguirlo. No hablo de esperar sentado una obra del destino, sino de tirar al blanco con los ojos vendados y la convicción de asestarle. ¿Pero cómo podría ser posible acertar, quién tendría una puntería tan inconstante en la trayectoria como el zorro en su andar, pero con la seguridad de siempre llegar a su destino? Sé lo que están pensando, mis amigos, porque yo también llegué a la misma conclusión: Cupido, un arquero lo suficientemente desinteresado en la presa pero con la prodigiosa habilidad de nunca fallar, ni aún con la intensión de hacerlo. Cegado por mi odio hacia el zorro, me uní en secreto al culto de Cupido; sabía que éste no atendía las súplicas de nadie, ni aún a los dioses les prestaba favor, pero yo no buscaba su poder sobre el corazón; quería aprender el secreto de su puntería. ¿Qué influjo ponía en cada tiro para que la flecha volara por los aires cambiando líneas rectas por curvas o por impensados ángulos, dejando veredas laberínticas trás de sí, trazos de caos que conectaban A con B sin fijarse en la economía de los tramos recorridos? El invierno se acercaba y yo seguía sin descubrir el arte de Cupido. Iba a su templo con el alma llena de devoción, volvía de él sin dejar que mi fe menguara. Y una tarde, regresando a casa, se rompió por fin uno de los hilos que sujetaban mi destino. A una orilla del camino estaba un joven arquero haciendo tiros con los ojos vendados: sus flechas salían disparadas con notables márgenes de error y sin embargo se clavaban pulcramente en el centro de la diana que estaba a buena distancia de él. No tardé en darme cuenta que cada proyectil tenía las características acústicas del relámpago, que golpea su blanco y luego suena su impacto: sus dardos hacían silencio y el sonido de su disparo quedaba tras de ellos como la sombra queda

detrás cuando andamos a contra luz. Desde aquel día aciago en que vi al zorro, nada me había vuelto a impresionar tanto. Me quedé por mucho tiempo, observando su técnica; jamás repetía los tiros en sí, y uno podría decir que cada disparo tenía el aspecto de ser siempre el primero que el arquero hacía en toda su vida. Estaba tan concentrado que no me di cuenta de que la tarde se había prolongado y que la noche parecía no llegar nunca. Me acerqué por fin y le hablé en estos términos:

«—¡Vaya hazaña! Estoy aquí desde hace largo rato, vi cada tiro que hiciste y no has fallado ni uno sólo, ni cuando parecía que el viento amenazaba con desviar tus saetas...»

«El joven arquero se descubrió los ojos, eran claros y casi tenues, como los de un niño. Tenía un gesto caprichoso que parecía ser su única expresión; miro alternativamente la diana y sus manos, para decirme después, con aire burlón»:

«—No es que yo sea muy diestro con el arco, pasa que mi objetivo coopera bastante bien en no moverse.

«—Yo pienso que ni aunque la diana tuviera alas se escaparía de ti.

«El halago pareció gustarle, pero trató de disimularlo poniendo el vendaje sobre sus ojos, lanzó una veloz flecha que fue a partir en dos a la que estaba más lejos del centro, era un truco con la intensión de disminuir mi impresión general sobre su competencia con el arco, pero al mismo tiempo sucumbió a la tentación de lucirse de todas formas».

«—Uno diría que has tirado toda tu vida, pero eres casi un niño —mis palabras hicieron su efecto, pues respondió con algo de irritación:

«—El talento a veces está sobre la experiencia, en verdad que he dejado en ridículo a un par de arqueros

de plata, cuyo único mérito es cazar torpes serpientes o causar muertes súbitas. Yo no mato en sí a mis presas, por lo que no se me puede llamar cazador, pero no hay ser que pueda eludir mis saetas —la última oración me confirmó que estaba en presencia del arquero supremo. Me sentí al borde del colapso, pero debía moderar mi emoción. Sabía que no podía pedirle nada, que ningúna razón le parecería valida».

«—No despreciaría la experiencia así, de buenas a primeras… —me cortó la frase.

«—La experiencia es para los que tienen la capacidad de equivocarse, nunca he fallado un sólo tiro: a mis flechas las guía el destino, cada una tiene marcado su objetivo antes de haber sido incluso puesta en mi aljaba o en mi carcaj —miré a sus pies y vi en efecto dos contenedores con bastantes flechas asomando por sus bocas. No había imaginado que Cupido cargara con una munición tan nutrida».

«Me acerqué a mirar su equipo y le pedí que realizara otro tiro como el anterior, para ver si podía repetirlo. Mientras se volvía a poner la venda sobre los ojos, me agaché con mucho cuidado y tome una flecha de su aljaba; era muy ligera, tanto que me pareció que incluso se podría disparar sin necesidad de un arco, la puse entre mis ropas, protegiéndome bien de su punta. Cupido repitió el tiro y lo celebré debidamente, cosa que pareció devolverle el buen humor. Se sentó en el pasto, dispuesto a cesar con su entretenimiento y me despedí cortésmente de él. No me prestó gran atención y aproveché su indiferencia para alejarme sin demora. Al llegar a casa, puse la flecha sobre mi mesa de trabajo y la estudié a detalle; era una jara de hechura inmejorable, muy parecida a una aguja. A lo largo del astil había un nombre grabado, así que tomé una lija y en poco tiempo

lo hice desaparecer. Tenía en mis manos el poder de un tiro perfecto. Según las palabras de Cupido, cada flecha ya estaba clavada en su objetivo a priori y el nombre grabado en ellas parecía ser lo que las ligaba de forma irrefutable a cada presa. Bastaría con nombrar al zorro y grabar su nombre en la flecha, hecho esto, el destino del zorro estaría sellado. No podía saberlo, mis amigos… la fatalidad que quería imponerle al animal, en realidad iba a imponérmela a mi mismo. Quiero decir, es obvio que uno no burla a los dioses sin una consecuencia imprevista y terrible; pero las verdades que derivan del sentido común son —irónicamente— poco comunes. Me faltó darme cuenta que las flechas de Cupido tienen dos poderes diferentes: provocar el amor o el desprecio y el olvido».

Acteón hizo una pausa para beber de la copa de la Bohemia que había llegado a sus manos. Cuando la bajó frente a él, vi en el ambarino color del ponche el reflejo imposible de nuestro hombre: el liquido no dibujaba el rostro humano del cazador; más bien devolvía la imágen de un zorro, y aún a pesar de lo turbio de la bebida, el color naranja rojizo de su pelaje brillaba como fuegos occiduos. La incredulidad se apoderó de mí. Me restregué los ojos sintiéndome víctima del sugestivo relato de Acteón o quizá del sopor por lo avanzado de la hora. La copa siguió circulando y el narrador retomó la palabra con animación, cosa que distrajo mi atención de lo que acababa de ver.

«—El invierno llegó. La mejor estación para la caza del zorro, pues su color lo delata fácilmente sobre la nieve y, además, su pelaje está en el apogeo de su belleza. Debido a que el alimento escasea, el zorro se ve obligado a incursiones más arriesgadas para procurarse sustento. Por otro lado, el frío inclemente se vuelve

secuaz involuntario del cazador; primero, manteniéndolo alerta; segundo, silenciando a la fauna y la flora; y tercero, guardando por más tiempo las improntas y rastros de los animales. Todo parecía alinearse para coronar mi triunfo definitivo; la larga y tortuosa espera de dos estaciones iba a reducirse a un segundo de eternidad donde todo mi cuerpo se depositaría en el vuelo esperanzado de mi deseo convertido en proyectil. Pasé los primeros días estudiando el terreno, que aunque uno podría pensar que conocía bien, cambia radicalmente con cada día que pasa; debía esperar las primeras heladas que inmovilizan a la naturaleza y por tanto lentifican las transformaciones. Por fin, una madrugada me levanté rodeado del relente que es signo inequívoco del invierno deteniendo el paso del tiempo. Todas las fuerzas estaban a mi favor y di el primer paso en falso sin saberlo: me envanecí; ¡ay, verdaderamente, amigos! La cuerda que estaba por tensar no era la de mi arco, sino la de mi frágil existencia a la que con mis actos insensatos había llevado a un punto donde cualquier cosa podía suceder».

Las últimas palabras de Acteón me hicieron estremecer, recordé espontáneamente su reflejo animal. Y pregunté al compañero que estaba sentado junto a mi si conocía al señor Renard, mi momentáneo interlocutor negó cualquier relación con él y agregó que la red de murmuraciones tendida por los asistentes le había hecho saber que nadie lo conocía previamente. Su presencia se me antojó de mal agüero, pero sin nada más que conjeturas, no podía detener su discurso de buenas a primeras para interrogarlo, tuve que guardarme mis intrigas.

«—Al clarear el amanecer, salí de casa y me adentré entre la nieve hacia el principio del bosque. En el

camino ensayé mentalmente el tiro divino que le pondría fin a la persecución más distendida de mi vida. La tarde me sorprendió, pero el albor dominaba todos los rincones de esa fracción del mundo; por mi mente pasó la ridícula idea de que la naturaleza estaba arreglada para sus nupcias y que yo iba a convertir el evento en funeral. En mi aljaba cargaba a la muerte... tonto de mí que no supe ver que del odio al amor hay un paso y que la muerte se confunde muy fácil con ese mismo sentimiento. Caminaba por el sotobosque cuando una flama refulgente pasó entre las matas sin incinerarlas. El añorado zorro danzaba para provocarme: saltaba de la copa de un árbol a otra, veía ora sus rápidas patas, ora su lomo tapiz de brazas. Me dió la impresión de que evitaba volver a pasar por el mismo sitio dos veces, así fue como me hizo seguirlo hasta la parte más tupida de nieve y naturaleza. El momento había llegado; puse una venda sobre mis ojos y saqué la flecha que tenía grabado el nombre con el que lo bauticé: *Ocaso*. Mi corazón se detuvo unos instantes para colaborar con el silencio mientras tensaba el arco; logré escuchar las livianas pisadas de *Ocaso* y apenas se detuvo, disparé la flecha de Cupido; sentí cómo la cuerda se rompió y la tensión me daba un fuerte latigazo, equivalente de todo el poder que había impreso en ese tiro, toleré el escozor, pero no sé cómo fue que no pude contener un tonto estornudo que fue seguido por el grito de una mujer. Me descubrí rápidamente los ojos, todo apareció oscurecido, y el batir de unas alas me sobresaltó; pude ver apenas cómo, lo que me pareció era, una lechuza se alejaba entre las copas de los árboles. Cuando me acostumbré a la noche y el reflejo de la luz de luna irideció sobre la nieve, descubrí a una pálida mujer tendida con mi saeta clavada en el brazo; corrí hacia ella para tratar de auxiliarla

pero a medida que me acercaba sentía que mi cuerpo se inclinaba hacia delante, como si fuese a tropezar; fue entonces cuando reparé en que mi rostro estaba a pocos centímetros del piso. La mujer me dirigió una mirada cargada de furia y gritó: «¡Fuera de aquí, largo estúpido animal! ¡Aléjate!». A pesar de la herida en su brazo, se las arregló para patalear con desesperación. Cuando me eché hacia atrás para esquivarla, me di cuenta por fin de que estaba sobre mis cuatro extremidades como un animal, y bastó más que una mirada de reojo a mis flancos para comprobar que de mi forma humana no quedaba nada ya y que en su lugar, mi cuerpo era el de un exótico zorro. Traté de articular cualquier palabra, pero de mi garganta sólo salieron atropellados ruidos ininteligibles, desistí al momento de cualquier tentativa de comunicación. La mujer siguió gritando desaforadamente, no tanto producto del dolor de la herida hecha por la saeta, su naturaleza era casi inofensiva, sino más bien por mi presencia. Yo no sabía qué hacer, estaba turbado y aunque trataba de procesar con celeridad mi situación, el verme convertido en el animal que más detestaba no era precisamente el estado propicio para pensar con claridad. Seguí inmóvil y la mujer cansada de mí, decidió ocuparse del verdadero problema que la aquejaba; miró el venablo y al tentarlo debió haber notado su ligereza, además de que no se había clavado muy profundo en su carne; cerró los ojos y sacó la flecha como quien se extrae una astilla del dedo. Me arrojó la flecha, con la intensión de ahuyentarme, pero yo estaba tan pasmado que no tuvo el menor efecto. Se levantó por fin y caminó pesadamente en dirección opuesta de donde yo me encontraba. La perspectiva de permanecer solo en mi extraño estado me hizo seguirla con prudencial distancia; no tardamos en llegar a una

cabaña que yo había visto en otras ocasiones, pero a la que nunca puse especial atención. La mujer entró y pronto se iluminaron las ventanas. Yo estaba como tonto entre la nieve mientras una ventisca se cernía sobre mí. Tantos acontecimientos me dejaron agotado y me guarecí a la sombra de una de las ventanas; sentado sobre el alféizar miraba con anhelo el cálido interior de la cabaña. La mujer iba y venía buscando los enseres necesarios para tratar su herida. Soltaba alguna maldición de vez en cuando. Una vez acabada su precaria atención médica, miró por la ventana; al verme allí estuvo a punto de reemprender con las maldiciones, pero no lo hizo. Me contempló con curiosidad y yo trataba de mirarla con la intensión de hacerme comprender sin palabras. Por primera vez en mi vida sentía la pena de no poder expresarme más que tácitamente. Insistió en ahuyentarme, pero esta vez lo hizo sin la misma energía. Luego fingió desinterés y se puso a preparar la cena; imagino que supuso que si me ignoraba, me iría. Pero permanecí allí; ella no sabía que yo no tenía lugar a donde ir. Un par de horas pasaron y comencé a sufrir por la intemperie y el hambre. La mujer iba y venía, ocupándose de tareas cotidianas, de vez en vez miraba de soslayo hacia la ventana donde yo temblaba de frío. La noche alta se conjugaba con una baja temperatura que atería mi cuerpo; por mi mente cruzó la certeza de la muerte que desterré con otros pensamientos: en primera instancia, ¿me había convertido en un zorro o, simplemente, mi conciencia había ocupado el cuerpo de *Ocaso*?, ¿La flecha de Cupido no pudo herir al zorro porque ni aún borrando el nombre de a quien estaba destinada se podía cambiar su objetivo o porque con el giro de los acontecimientos el zorro eludió una vez más mi venablo?, y en cualquier caso, ¿quién era esta mujer

y qué hacia en el centro del bosque? Nada tenía sentido y divagando sobre estas posibilidades, sucumbí al sueño, que en realidad confundí con la muerte alcanzándome. La nueva luz del amanecer sobre mi rostro me devolvió la conciencia. Estaba acurrucado en un sesto frente a la generosa flama de la chimenea, miré mi cuerpo de zorro sólo para comprobar que mi realidad inmediata no había cambiado. Un estremecimiento acompañó al impacto de las cosas sobre mis sentidos animales: los aromas, los sonidos, los colores, todo tenía una intensidad aplastante. De repente, la abemolada voz de la mujer me llegó con una nitidez tal que sentí que estaba dentro de mi cabeza y no detrás de mí, a un par de pasos. No logré entender sus primeras palabras pero con el resto me recriminaba por haber recibido una flecha en mi lugar. Al darme la vuelta para mirarla, me encontré con una bella joven, en medio de una habitación que se antojaba estrecha, pero que contenía tantas cosas que mi noción del espacio se contrariaba; quise atribuir el fenómeno a mi nueva dimensión disminuída de zorro. La desconocida me dirigió una sonrisa y acercó algo de carne seca a mi sesto; el apetito despertó una inopinada rapacidad en mí y contrario a la sobriedad que me hubiera gustado mostrar, devoré todo con apremio. Sin duda presentaba una estampa cómica, porque ella se burló de mi brusquedad. La impotencia de no poder decirle nada, ni de disgusto o agradecimiento me produjo melancolía. Pasé el día entero allí, inmóvil, estudiando lo que podía depararme el porvenir; no sabía si mi estado era permanente o temporal, tampoco si yo podía hacer algo para revertirlo. Una nueva noche nos abrazó y luego al siguiente día me animé a salir del sesto, mientras mi inopinada benefactora se había ausentado. Exploré la habitación: los muebles viejos y limpios me decían que no hacía mucho tiempo

que ella vivía allí y todo adoptaba un orden de madriguera en lugar de casa. Ella me encontró hurgando bajo la cama cuando volvió, traía un grueso paquete de leña que pronto ardió y cumplió el doble propósito de cocer los alimentos y brindar calor al hogar. Los días transcurrieron con la pereza impuesta por el invierno; me fui adaptando poco a poco a ella, de modo que sin habérmelo dicho explícitamente, estaba dispuesto a vivir así el resto de mis días. Me olvidé de Cupido, de *Ocaso* y de mi existencia humana. Hasta que una nueva afrenta de mi destino roto avivó la fatalidad que aún estaba reservándose. Una mañana salimos de casa para dar un paseo, mi compañera, que resultó llamarse Hamara, me cargaba entre sus brazos, después de un tramo salté sobre la nieve; íbamos caminando en círculos sin ganas de llegar a ningún lugar o de seguir ritmo alguno. Esa linda desorientación de hoja al viento comenzó a atraerme y me llevó hacia el centro del bosque. Hamara reconoció el lugar de inmediato y se detuvo antes de poner un pie en las sombras tupidas de los árboles, pero yo era presa de una fuerza indescriptible, seguí como envuelto por remolinos, hasta que estuve con la flecha de Cupido frente a mí. Al otearla y apenas rozar su gélida inmovilidad mi vista comenzó a distanciarse del piso; acababa de recuperar mi altura y, no sólo eso, mi cuerpo adoptó involuntariamente la postura de tirar una flecha, sentí en mis restituídas manos el arco y la tensión de su cuerda, luego la tela del vendaje sobre mis ojos, y por último la flecha maldita. Todo había vuelto a ser tal y como fue antes del disparo que me condenó. Respiré ondamente y bajé mi arma, temía herir a Hamara. Descubiertos mis ojos, la busqué, la llamé, pero ella no respondió, no la encontré. Un nuevo batir de alas provocó un aironazo y me quedé solo en medio de la tarde».

Acteón quedó mudo y nosotros no supimos si era prudente hablar. El hermano Theodor celebró la historia y con ese aliciente, seguimos su ejemplo. La tertulia se reanimó, pero esta vez cada quien tomó el cause de conversaciones privadas; me acerqué a Renard y le dije que su historia sin duda me había conmocionado, luego le pregunté que qué hacía entre nosotros, puesto que ni yo ni nadie en la habitación lo conocía realmente. Esto fue lo que me respondió:

—Voy de comarca en comarca en busca de una presa peor que el zorro. Está donde los hombres y las mujeres son jóvenes y la flor de la edad los empuja hacia el fruto... lo persigo por tres estaciones, pero debo volver en la cuarta al encuentro de Hamara. Retorno al centro oscuro de aquel bosque donde disparo la flecha que me transforma en zorro y a Hamara en humana, repetimos los días que hemos vivido infinidad de veces hasta que un nuevo magnetismo me atrae al bosque y los papeles entre Hamara y yo se invierten. De no cumplir con rigor este rito, tengo la sensación de que ambos quedaremos atrapados en las formas que no deseamos, aunque en el fondo ya no somos ni totalmente humanos, ni totalmente animales; vivo inconcluso, porque en todo este tiempo he aprendido a amar y adorar a Hamara, pero siendo animal, mis deseos humanos no llegan a ningún sitio, y siendo hombre, el estado de Hamara es incompatible con el mío. Sólo Cupido puede reparar esto, pero por más que lo busco, jamás lo encuentro a tiempo.

03 de marzo de 2021

PRIMERA MUSA O LA NUEVA EVA

A la Naturaleza no le interesa el patrimonio histórico y cultural del hombre; no le importan sus conceptos de belleza, utilidad, o necesidad.

El hombre opone una resistencia feroz contra los elementos para preservar su herencia, resistencia que es prolongar lo inevitable; no hablemos de la motivación psicológica que orilla al ser humano a esta desesperada defensa de sus obras, centrémonos en la Naturaleza que no da tregua. No sólo las fuerzas indiferentes de los cuatro elementos, sino también la propia Naturaleza del hombre —que huelga decir que, al ser parte del mundo natural, él también es agente de la destrucción de su propio legado—, aquella que le permite frenar los avances implacables de las tormentas, también puede ayudarlo a acelerar los desastres. El caso es que eventualmente todo queda sepultado, desintegrado, diseminado o reducido a cenizas; nos vemos en la penosa faena de escribir una nueva historia sobre los escombros; mismo argumento, diferentes actores.

Así como los estratos de la tierra, las historias son palimpsestos y todo esto lo digo porque este cuento es un ejemplo no de reescritura, sino de sobreescritura: un Nuevo Génesis, diferente y semejante.

La historia versa sobre una musa muda y la proyección del único, del último ser humano. Aunque todo se repita, no partimos de la nada, siempre hay un vestigio que determina el devenir de las cosas y que asegura la presencia de un testigo de la sucesión de los tiempos del orden y del desorden; son estos vestigios los verda-

deros protagonistas de la historia de la humanidad. Las ruinas son el *Alfa y el Omega*; lo que para las ruinas es la muerte, para nosotros es la vida, y tenemos que vivir porque con nuestra muerte damos paso a su existencia. Esta musa es la muerte y la vida simultáneas de las ruinas, un punto que rompe el ciclo y hace del génesis el fin de todo. Léase *religieusement, comme une prière*.

y de la costilla que del hombre tomara,
formó Yahvéh Dios a la mujer,
y se la presentó al hombre.
Génesis 2:22

No hay nubes en el cielo. Nunca he visto una nube, aunque sé de ellas gracias a los libros. Tampoco he visto un mar que no sea negro, ni una tierra que no esté confusa y vacía; ni sé de luces ni tinieblas, porque desde siempre estuve en la suma de ambas, igual que vivo en la mezcla de la tierra y del agua. No hay vergel alguno, sólo un árbol de acero que concatena todas las especies que crecieron antes de la comunión de la tierra y el cielo. Ni que decir de la ausencia de benignos astros luminares y de días y estaciones; sólo hay fuegos errantes cruzando las alturas que parecen tener la intención de dejarme ciego. Un vestiglo sombrío que nada y vuela es el otro único ser vivo que sobrevivió al fin de todo, es estéril y sospecho que inmortal, pues está aquí desde antes de que yo naciera y se forma en la inacabable ringlera de los peligros que me acechan. Todo a mi al rededor es potencialmente deletereo. No hay días de reposo ni de sosiego.

Nací de una madre que no llegué a conocer y de un padre que dió su aliento para mantenerme con vida. De ella no me queda nada y de él tengo sólo una multitud de palabras que nombran cosas que ya no existen.

Paso mi tiempo pensando en el mundo que los libros describen y enumerando todo lo que no conozco: ríos y lluvia; trabajo y ocio; ciudades y catervas; noches y días. Y comparo todas esas cosas plurales con la singularidad del mundo que habito.

Como dije, no sé quién es mi madre y por tanto no sé qué es una mujer. La voz de los muertos la pinta similar a mí, pero ni yo mismo sé a qué o quién me parezco. ¿Cómo puedo saber lo que es otro ser parecido a mí siendo tan ignorante de mi propia identidad? De hecho, no tengo nombre, porque nunca hubo menester de uno. Es irónico que me pueda diferenciar perfectamente de todo lo que me rodea pero que, al mismo tiempo no pueda atinar a decir qué, cómo y quién soy.

Anhelo lo desconocido, por eso me ocupo afanosamente de los libros. Y aunque están llenos de tanta nada, me orientan sobre algunas cuestiones prácticas de lo que es ser un hombre. Por ello estoy decidido a tener algo de ese antigüo mundo; y aunque buscar la aurora o alguna bestia amigable son proyectos tentadores, me gustaría conseguir, antes que nada, una mujer; un ser semejante a mí que pueda decirme quién soy yo.

Muchos libros afirman que de la mujer vienen los hombres y otras mujeres, se supone que toda la humanidad comparte ese origen; y bajo esta premisa, mi intención de conseguir una mujer se ve anulada. Otros libros —los menos— postulan la idea contraria: que del hombre puede provenir la mujer. Uno incluso habla sobre cierta operación quirúrgica con la que se puede extraer material genético del cuerpo del hombre y crear una mujer a partir de él.

Una mujer a mi imagen es todo a cuanto puedo aspirar porque el espejo, aunque me devuelve la impresión de lo que soy, no habla. Desconfío de todo lo que

no habla. Me parece que el silencio miente y mi reflejo también. Una mujer a mi semejanza podría clarificarlo todo.

¿Pero de qué parte de mí debería estar formada? No puedo elegir así como así, tiene que ser de una porción especial de mi cuerpo; nada indigno como mis manos o mi corazón. Me gustaría usar mi cerebro, pero el riesgo es demasiado alto. Podrían ser mis ojos... pero no, son proclives a engañarme.

Hacerla de mi piel me daría como resultado una mujer áspera y, hacerla de mis viceras, una mujer frágil. Siento que no hay materia útil, porque por más que repaso el catálogo de las partes de mi cuerpo, cada elemento es defectuoso de alguna forma.

Creo que debo hacerla de aquello que involucra a mi voz y a mi aliento; son las cosas más honestas que poseo y quiero que ella tenga eso ante todo.

Para la operación debería estar en un profundo sopor, pero no hay quien la practique por mí, así que abro mi cuerpo mientras estoy despierto y tomo parte de mi costado, del aire que respiro y de mis cuerdas vocales para hacer buenos nudos que sujeten su alma a su cuerpo.

Con cuidado cierro la incisión y me ayudo de analgésicos para paliar el dolor; al parecer dar vida siempre implica sufrir por ello.

Mis células van germinando en un cuerpo que de ninguna forma se parece al mío. Salvo por los cabos: manos, pies y cabeza, el centro es diferente; otra distribución de la carne, otra proporción del pecho. Ante la diferencia me consuelo al verla respirar, porque es un indicio de que podría hablar y hablando, decirme lo que tanto quiero saber.

Su rostro no es aquel falaz reflejo que veo en el espejo, es un poco más pequeño que el mío y sus rasgos tienen curvas y perfiles suaves, contrastan con lo que soy yo. Su piel es más clara que la mía, como lo es su cabello; en muchos sentidos parece un ser más acabado que yo, como si a mi cuerpo le hubiesen quitado todas sus imperfecciones.

El tenerla de contraste me va mostrando detalles superficiales de mi identidad: Somos correspondientes y estamos incompletos; ¿será que puedo cerrar el circuito de su existencia y ella el mío? Somos contrarios en algún sentido; ¿podré entenderme con un opuesto, yo que siempre estuve en singular? Somos únicos y plurales.

Ella despierta y no habla. Trato de darme a entender y explicarle lo que soy, lo que es ella, cuanto sucede y donde estamos. No tiene vida en sus ojos. Ella no soy yo, yo no soy yo.

Vivimos un día que nunca termina y las palabras que le digo se quedan suspensas en nuestra atmósfera, inundándolo todo. Temo que ella no pueda decirme nada sobre mí; temo también que ella esté en la misma situación que yo; que no comprenda quién es y que por lo tanto, no pueda ayudarme a descubrir quién soy.

Como dicen los libros: un ciego guiando a otro ciego, el diálogo idiota entre un sordo y un mudo, la certeza de que uno nunca llega a comprender nada del todo...

20 de julio de 2021

FABULOSA MUSA O LA PAJA EN EL AGUJAR

No soy afecto a la autocomplacencia; esta *musa* tiene sus defectos y en general es más una prosa para distraerse y de distracción sobre una verdad: no supe desarrollar y explotar el potencial de la idea de *La Única Mujer Buena de la Creación*. Pese a todo, la conservo porque su malograda forma y termino no son culpa suya, sino sólo mía. En fin que, léase *à midi, pas avant ou se réveiller*.

Opinión fue de no sé qué sabio que no había
en todo el mundo sino una sola mujer buena,
y daba por consejo que cada uno pensase
y creyese que aquella sola buena era la suya,
y así viviría contento.

El ingenioso caballero Don Quijote de la Mancha /
Miguel de Cervantes Saavedra

Había una vez un hombre que en el interminable desfile de la humanidad era justo el de en medio. Equidistaba lo mismo del Génesis que del Apocalipsis. Esto podría parecer algo interesante o al menos curioso, pero tal vez no lo era tanto. Y dado que el tiempo es un hilo enredado de forma inextricable —cuyas únicas partes reconocibles son los extremos—, él estaba en el centro del caos. Anulaba a la mitad de la humanidad que le antecedía y era anulado por la mitad precedente; era al mismo tiempo uno más y uno menos.

No poseía ninguna cualidad preeminente; en realidad era bastante promedio (como se hubiese esperado

de su condición), mas pese a esto, y quién sabe cómo ni por qué, comenzó a desarrollar un desmedido e injustificado sentido de autoaprecio. Se vio a sí mismo como el ecuador de la raza humana.

Pensó que si al cuerpo de la humanidad se lo cortaba sagital, transversal o coronalmente, él siempre incidiría en el mismo lugar, ni más ni menos. Fue tal su manía que quiso acompañarse de todo lo que, como él, fuese único y especial.

Inconcientemente buscaba compensar la insostenible importancia que le daba a su condición. Anexaba mérito a su persona con un método mediocre pero efectivo: *tener*.

Tener la primera palabra de todas; tener un color jamás visto por nadie más que él; tener la esencia de la oscuridad; tener la textura de lo intangible; tener un sueño despierto; tener una conversación con el agua; tener un olvido memorable; tener la hoja de un árbol nunca germinado; tener una palabra nunca antes pronunciada...

Una envidiable colección de cosas imposibles respaldaba el valor de ser el Hombre a la Mitad de la Humanidad. De este modo juntaba más y más trastos, objetos y artefactos: el primer dolor de muelas de Adán, el último gesto de Napoleón, una pesadilla de Wilde, un poema imaginado y nunca escrito de Eliot, algo que Valery olvidó en un libro de biblioteca y cierta moneda que Borges no podía olvidar.

Habría seguido así de no ser porque una revelación llegó a su mente, que su colección perdía sentido a medida que esas cosas inopinadas y magníficas eran reunidas y seriadas. Se dió cuenta de que el ponerlas unas junto a otras las abarataba y les restaba una porción de su rareza por haberlas sacado de sus contextos.

Comprendió que si quería algo a la altura de su propia rareza sólo lo conseguiría merced a algo que fuese siempre lo mismo bajo cualquier situación.

Fue entonces cuando leyendo el Quijote de Cervantes se encontró con la idea de que no existe más que una mujer buena entre toda la creación.

Una única mujer que no podía tener parangón, poseedora de una cualidad extraña e irrepetible y que sin importar el contexto y el momento, permanecería tan especial como siempre.

Y pensó, pensó largamente en aquella fabulosa criatura, en su posibilidad. Una mujer así estaría entre dragones y pegasos. Su existencia planteaba problemas serios para la humanidad. Si en efecto existía una mujer buena, significaba que el bien existía y que la ambigüedad no era más que una amigable mentira que los hombres se contaban para disculpar sus faltas. Si no era una mujer conjetural, entonces los absolutos eran posibles y había forma de cuantificarlos y medirlos; si tal mujer estuviese en algún lugar, podría ser el loto en el pantano, la paja en el agujar y hallarla no sólo sería una tarea ardua, sino dolorosa.

No se amedrentó, al menos no de inmediato. El dolor era un precio razonable por tener la oportunidad de cortejar a La Única Mujer Buena de la Creación.

Deshízose de sus posesiones, pues no eran más que vanidades evidentes que lo alejarían de su deseo. No atinó a deshacerse del germen de su vanidad, pues en principio, éste era el que estimulaba su búsqueda y desecharlo era equivalente a desechar su ambición; en cualquier caso, se dijo a sí mismo que desear a La Única Mujer Buena de la Creación no era propiamente un proyecto reprochable.

Primero buscó en las soledades; si tal mujer hipotética existía, estaría lejos de la corrupción de los hombres. Brillaría en la ausencia. Pero en las soledades no encontró más que exiliados y misántropos. Luego la buscó entre las multitudes, porque quizá una mujer así podría muy bien estar humildemente entre todos los demás mortales. Pero en las multitudes no halló más que los mismos rostros ecos unos de otros, gotas de agua diferentes hasta parecerse demasiado. Después la buscó en el fondo del mar y en la espalda del sol. Ningún lugar fue tierra fértil de bondad. No desistió; buscó en el reino de la nueva Melusina y en Lustrogg. Buscó en el espacio vacío de una copa y entre los anillos de los árboles; en el viento y el remolino.

Le preguntó a los demás hombres y estos se burlaron de su manía. Le preguntó a las otras mujeres y estas se ofendieron por su ociosidad. Y se cuestionó a sí mismo: ¿dónde podría hallar el bien? y en cualquier caso ¿qué era el bien?

Cayó en la cuenta de que no iba a encontrarla si no identificaba qué era lo que buscaba. Pero ¿cómo sabría quién era esa persona que nunca había visto antes, cómo reconocería sin conocer?

Al indagar sobre la naturaleza del bien, supo que había quienes creían que era un tanto variable, como la marea, que no dependía de sí mismo, sino de las latitudes: aquí lo que era bueno, allá era malo. Otros sostenían que el bien era inmutable y constante, como él también lo creyó; sólo que esta cualidad del bien lo podía hacer intransigente y llevar a que en su nombre se cometieran actos terribles. El bien por tanto no podía ser definido ni indefinido; tenía que estar en una categoría sin categoría, de otro modo no sería bien y a lo mucho sería, remedo, señuelo y simulacro de él.

El hombre de en Medio de la Humanidad fue dándose cuenta de que las formas y definiciones coartaban al bien; lo colocaban en posiciones idealistas imposibles y en ejecuciones fallidas que lo deformaban. Si el bien estaba en algún sitio sería lejos de las presunciones y las convenciones. Lejos de las ideas y de las palabras; y lastimosamente para él, lejos del orden y las series. Si quería reconocer sin conocer a La Única Mujer Buena de la Creación sería apostatando de su amada cualidad.

Contra todo su sentido de orden, tendría que dejar de buscar para encontrar. Al bien sólo se podía acceder si no buscaba el bien. El bien no era un fin, sino un constante medio inasible.

Y se deslindó musicalmente de su necedad. De la mañana a la noche y de la noche a la mañana. Fue en la hora indefinida que alguien lo llamó por su nombre secreto y él no respondió porque la respuesta ya estaba dicha antes de que él tuviese que pronunciarla. Reconoció a La Nunca Antes Vista...

10 de agosto de 2021

MUSA DE HUMO

Esta musa procede de un tiempo muy lejano. Su argumento data de al menos hace 5 años y tuvo otros cuerpos más imperfectos del que ahora presento. Es la primera de toda la serie, al menos en espíritu y aún se me sigue escapando como cuando la encontré por primera vez entre mis ideas. Los detalles generales no cambiaron: un hombre que se enamora del reflejo de su interior. Es el tema obsesivo y hasta redundante. Cuando la gente dice sin Ton ni Son: "el *leitmotiv*" no saben que las más de las veces están ante un vulgar *ostinatto*; y yo no sé mirar con benevolencia, o mejor dicho: escuchar. El humo es un símbolo, el de la fantasía fatal; es un espejo de muerte que te pierde o te sofoca y las musas tienen esa conexión por su linaje, quiero decir, mis musas. Cada una es polvadera, humo, remolinillo a su manera, cada una enturbia o contamina, pero no por voluntad, sino porque los ojos, las manos, los oídos que las buscan, anhelan su imposibilidad. En fin, esta musa peculiar y especular se disipa justo en el instante crítico y léase, por favor, *loin des sources de chaleur*, porque es profundamente *inflammable*.

Jueves

Anda como fugitivo por las calles, tiene expresión de condenado y la mirada saturnina.

La terapia no sirve, hay cosas que sencillamente están rotas y esa es su naturaleza. Repararlas es destruirlas.

Ahora baja las escaleras de dos en dos, la prisa le pisa los talones.

Hoy la lluvia también lo persigue y el alma se le queda atorada en un alambre oxidado que, mientras baja, hace que se le vaya deshilando, quedando trás de sí.

Se une a la masa humana. Por fuera luce impasible, por dentro se derrumba entre el miedo y la ansiedad.

Las puertas del vagón del metro se abren y una estampida lo lleva como balsa de náufrago en medio de la tempestad.

Ya adentro, se muerde el labio inferior y observa sin mirar. Se encierra en pensamientos sin sentido.

Pasos y pisos y puertas y paredes. Las gentes entran y salen y entre ellos llega una chica de cabello color negro como el abismo, le cubre la mitad del rostro igual que una cortina misteriosa.

El vagón está abarrotado y ella se queda en un extremo donde él la puede ver sin dificultades.

Un hombre se acerca y la abraza. Le besa el cuello y le habla al oído. Las caricias están un poco subidas de tono para estar en un lugar público.

Con pudor desvía la mirada y se encuentra con el reflejo de su rostro vacío y obscuro en un sucio cristal.

Para cuando vuelve a buscar a la chica, ella ya no está.

Lunes

La luz va tras de él y él persigue su sombra. En el subterráneo siempre es de noche.

Las personas se empujan al pasar. Él mismo empuja a un chica distraída que va de la mano de un hombre feo de rasgos desagradables: ojos mezquinos, nariz aguileña, mentón pronunciado, sonrisa estúpida.

Todo sucede en un segundo. Busca el rostro de

ella, pero sólo aprehende la forma de su espalda y la tez blanca de las piernas entre el coqueto bamboleo de una juguetona falda.

Los encontrará un rato después, casi a media noche, en un asiento al fondo del vagón. Va a asistir a una escena de depravación.

Y mientras esa cita se acerca, irá y vendrá y una parte de él no va a volver ilesa de la vida cotidiana.

La modernidad es diestra aniquilando a los individuos, pero, por desgracia, no es eficiente: idealmente debería desintegrar en vez de romper sin arte ni ciencia sus almas.

Se sienta muy callado y recoge los detalles del suelo: suciedad; todo está sucio. Lo que lo rodea es un reflejo de su interior. Mira sin tristeza —recurso de los desahuciados espirituales— y sus ojos le muestran a la mujer de hace unas horas sobre el vomitivo y tosco hombre que la acompañaba.

Las manos del tipo se pierden bajo la falda; la urgencia y el vértigo vuelven insensibles a los amantes. La mujer se agita pasmosamente mientras el hombre la manosea con avidez.

Mira pero se niega a sentir nada al respecto: ni pena, ni miedo, ni placer, ni culpa, ni siquiera interés. No deja de mirar. Luego cierra los ojos y se piensa lejos de todo.

Sábado

Lo acecha la luna, así que se oculta de ella en un vagón del metro. Terapia, terapia y terapia.

Piensa que la ignorancia es una virtud protectora, incluso un mecanismo de defensa contra la conciencia de la mísera.

Siempre piensa cosas miserables como ésta mientras que el tren devora kilómetros y su alma se retuerce de dolor.

Mira sin mirar. Todos miran sin mirar.

Le gusta sentirse ajeno, es un consuelo al hecho de que aunque pertenece al mundo, la porquería sólo tiene contacto con su piel.

Su interior está triste pero limpio.

Un charlatán predica bienaventuranzas a voz en cuello y pide limosna.

Sucios niños se arrastran por el piso haciendo el simulacro de lustrar zapatos rotos.

Las personas sudan y se ignoran. Ignoran todo: los olores acres y el agotamiento.

En la siguiente estación tiene que trasbordar; a veces piensa que vive una pesadilla recurrente. El vagón de ayer es el mismo de hoy.

Baja del tren y camina por los estrechos pasillos iluminados con ofensivas luces blancas.

Los rebaños humanos no le temen al lobo. Más bien lo adoran y lo honran. Las ovejas aspiran a ser como el lobo: independientes, fuertes, osadas.

Aunque los pies pesan, las personas circulan ligeras como un fluido un tanto espeso. Alguien vomita en medio del desfile y sólo los afectados se inmutan, el resto continúa su camino y olvida.

Mañana nadie va a recordar al hombrecito triste con los zapatos manchados de regurgitación a quién los niños abandonados que fingen limpiar zapatos evitan.

Miércoles

Las puertas del vagón se abren y la marea de hombres y mujeres se agolpa violentamente contra la estrecha entrada.

Un sujeto gordo e iracundo le suelta un codazo a una mujer que grita desaforada por el estrujamiento. Dos dientes percudidos y ensangrentados vuelan de su boca y van a dar donde nadie volverá a saber de ellos.

Él lo atestigua todo desde la escalera que baja al andén. Se siente impotente y defraudado. Luego un sentimiento de egoísmo lo recorre y agradece haber bajado a tiempo del tren. Unos segundos más y se hubiese topado de frente con el agresor mastodóntico.

Anda por un pasillo que remata en una sala grande dividida como laberinto para ratas con grandes rejas de acero. En el principio de la civilización uno de los objetivos de la humanidad era acortar caminos, hoy la directriz es la contraria: hacer de cualquier camino el más largo y tortuoso recorrido posible.

Maldice la invención de los zig-zags y llega a otro andén y sube a otro tren. El terapeuta le recomendó tratar de socializar con algún desconocido.

Piensa que es una idea estúpida. Las personas están en guardia, esperan ataques unilaterales. No existen las acciones desinteresadas.

Una vez vió a una muchacha preciosa leyendo a Dylan Thomas. *Andamos solos entre una multitud de amores*. Andamos solos, sin más.

Sintió muchas ganas de hablarle. ¿Pero qué le habría dicho? Casi cualquier acción adquiere el cariz de la afrenta debido a la atmósfera de desolación que contamina todo en el subterráneo.

Pasó seis estaciones mirándola sin atreverse a nada. Sin si quiera pensar en hacer nada. Y luego esa preciosa muchacha que leía a Dylan Thomas bajó del metro para perderse por siempre y hasta siempre jamás.

Hablar con desconocidos. Es una estúpida idea.

Sábado, otra vez

Ver cientos de personas una sola vez en la vida no es un prodigio. Lo extraño es verlas seguido, incluso a menudo. Lo inesperado es verlas muchas veces de forma no sólo frecuente sino cotidiana.

Entonces él, sentado casi sin respirar porque el vagón está abarrotado, mira sin mirar.

Los ojos van de un retazo de persona a otro. Formas indefinidas que carecen de significado.

Allí, donde él no esperaría ver nada, entre pedazos de personas, hay una abismal cabellera negra. Inquietantemente familiar.

Pone atención: un brazo de piel quemada y aparente textura áspera abraza por el cuello a esa chica que él ya ha visto en otras ocasiones. La reconoce vagamente por la complexión delgada y atlética y, sobretodo, por el cabello que es de un negro antinatural.

Busca en los resquicios que forman los amontonados cuerpos de los pasajeros con la esperanza de ver mejor a la chica. Descubre el par del ofensivo brazo acariciando la pierna tersa y blanca de la mujer.

El metro frena con brusquedad, los cuerpos se impactan unos contra otros y una ensordecedora batahola de quejas e insultos se eleva. Los altavoces anuncian que algún desdichado tuvo las agallas para arrojarse a las vías y que el tren estará detenido. Dicen que afortunadamente el tren se detuvo antes de causar una tragedia.

Él piensa que la definición de fortuna es muy desafortunada. Busca a la chica, pero no puede encontrarla otra vez.

Martes

Mira y re mira y vuelve a mirar, y ve y ve y se fuga por sus ojos de su cuerpo y se mira mirarse y no mirar

nada. A puesto a que parece un loco con los ojos bailando lento de un lado al otro.

Debe detenerse, sabe que a nadie le importa. Solamente se detiene.

Su mirada queda suspensa en la fila de asientos frente a él. Ve a una pareja besándose apasionadamente. Por supuesto no logra distinguir los rostros. Las manos de los amantes tocan sus cuerpos con ansiedad.

Con tanto movimiento no se nota donde empieza uno y termina el otro.

Echa una mirada a las personas de alrededor, parecen no interesarse por el pequeño espectáculo de los amantes que, subidos de tono, comienzan a meterse las manos bajo la ropa.

Al tiempo un impulso le dice que deje de mirar. Pero un instinto se impone y le hace continuar mirando.

No sabe si le satisface o excita de algún modo participar de la escena como testigo. Sabe que no está ofendido. Sabe que no está emocionado.

El sonido monótono y regular de la marcha del tren lo arrulla. Los amantes se deshacen con denuedo como una fuerza imparable chocando contra un objeto inamovible.

Sus caricias son más bien tortuosas, violentas. Carecen de ternura. Como si en lugar de procurar placer, buscarán proveer dolor.

El mismo deseo feroz que lo hacía mirar muda en desesperación. Tiembla ante el suplicio. Se levanta de su asiento y queda de pie ante los amantes.

Los mira con fervor como si sus ojos fueran un nuevo sentido del tacto. Acerca las manos al cuerpo de la chica. Sus músculos tensos ansían la textura de su ropa. Algo le dice que tocarla tendrá un efecto narcótico sobre su dolor.

La clave que resolverá su vida se le ofrece de súbito. Simplemente debe tocarla y todo el tiempo de sufrimiento quedará justificado. No es que las tristezas desaparecerán, pero se verán menguadas y el placer medrado.

Placer, todo este tiempo la respuesta fue encontrar una fuente de placer.

Su mano por fin se postra sobre el hombro de la chica, pero antes de que pueda llevar la otra mano a buen puerto, un puñetazo le da de lleno en el rostro y todo el progreso existencial que había alcanzado se quiebra.

Nuevos golpes se suceden sin tregua, cada cual más obvio e inesperado que el anterior. Una trifulca desconcertante se arma al rededor de él. Está en el suelo hecho un ovillo. Solo, profundamente solo como recién nacido. Arrojado del paraíso y sin sentido.

Sangra hasta del alma, llora y no escucha su propio llanto. La confusión creciente lo aturde.

Y confuso queda postrado hasta que alguien lo ayuda a incorporarse, pero sólo físicamente, su yo sigue derrotado en el suelo.

La soledad lo embarga todo, el tren retoma su marcha y antes de que sepa nada, se encuentra en el andén. Una caterva de miradas lo ve con insistencia y él no termina de entender lo que acaba de pasar. Una voz pregunta si se encuentra bien, pero él no responde. Hay más voces, todas suenan como si estuvieran debajo del agua.

Comienza a andar, sigue confundido. Seguirá confundido hasta que logre concretar el tacto que le brinde la libertad.

Viernes

Cómo cada viernes, se encuentra con la cajera del banco de las 3 de la tarde. Ella es uno de los pocos elementos que prevalecen invariables en la realidad. Desde

que va a terapia siempre se cruza en el camino de aquella mujer. Todo puede cambiar menos esa constante.

Conoce su nombre. No se atreve a pronunciarlo. Está escrito en negros carácteres sobre una brillante placa metálica que se sostiene con pulcro y burocrático triunfo en el blazer almidonado. Todo está en su lugar si ese nombre sigue escrito allí.

Vera no falta a la cita. Está puntal en el mismo vagón. El hábito no es una virtud. El hábito es una prisión resignada. Vera no falta jamás.

Piensa en el accidente del martes. Ver, no tocar. Eso debió haber pensado antes: Ver, no tocar.

Todos los placeres están al alcance de las manos, pero no deben ser tomados. Debe bastarnos con mirar.

Para cuando termina de pensar en esto, Vera ya no está. Un terror obscuro asciende por su columna. Se perdió por un par de horas. Actuó como en piloto automático, idiota piloto automático.

Últimamente es un barco en travesía nocturna. Las estrellas son guías indiferentes. Sabe que puede llegar a su destino sin proponérselo. Cualquier resultado es aceptable: hundirse como sobrevivir y arribar.

Mira nada de nuevo y algo llama su atención. Entre los movimientos del tren que marcha en una dirección y el otro que va en su contra, las ventanas de ambas máquinas se corresponden por un momento, como si fueran la cinta de una película; en ese prodigioso instante un milagro acontece.

Una de esas pequeñas glorias que le dan vida a la vida. Ve a la chica del cabello nocturno. Está de perfil y esa porción de rostro que le ofrece es delicadamente bella.

Un hombre tosco y desagradable se acerca por detrás de ella. La abraza y se la lleva fuera de su campo

de visión. Los trenes terminan de pasar y del otro lado ya no hay nadie.

Corre por los pasillos con la esperanza de encontrarla por algún sitio.

Pide a la providencia el favor de hallarla. Se deshacen en fe ciega por su anhelo ciego. Sube por escaleras de aspecto interminable, luego baja por ellas, corre de un lado a otro. Choca con las personas, salpica su pasión de griteríos.

Hasta que da con un rincón oscuro donde sombras deformadas se agitan. Mira. La vida se le va por los ojos. Reconoce algo. Quiere reconocer. Entorna la mirada. La luz se va atenuando al rededor. Del rincón sale un hombre torvo arreglándose la ropa.

Un lamento sin convicción se arrastra hasta sus oídos. Se acerca al lugar y descubre a la chica del cabello sombrío llorando. No sabe si es pertinente hablar. La piedad y un resabio de la manía del martes lo hacen acercarse a ella. Al momento en que su mano palpa aquel hombro soñado, la piedad naufraga.

La otra mano aterriza en el sedoso cabello que desprende un aroma enervante. Los sollozos se detienen. Las manos amistosas de ella tocan su cuerpo y le dan la bienvenida al suyo. El calor que emana la chica es poco confortable pero adictivo. Siente la necesidad de tocarla más y más, no sólo por encima de la ropa.

Ella participa en el desequilibrio. Quita la paz pero a cambio otorga la felicidad. Es una alegría rastrera que mordisquea el espíritu. No hace más que dañar de modo inofensivo.

Se agradece que esté aquí y así. En presente continúo y continuado. Correspondiendo.

Los labios se encuentran y electrifican, las manos toman posesión de la piel del otro bajo las ropas. Lue-

go ella rompe el encanto, se desafana. Se va sin decir nada. Sin que él pueda verla claramente. Desaparece.

Sábado, una vez más

Vivió otro día en automática inconsciencia.

Jueves, al parecer

Buscó a la chica, infructuosamente.

Lunes infinito

Su cuerpo está aturdido desde que se tocó con la chica. Precisa de una nueva dosis de agitación.

Camina despacio con ojos de centinela. Le dijo al terapeuta detalles vagos sobre la chica. Solamente que la ha visto esporádicamente, siempre tocándose con sórdidos desconocidos, hombres de aspecto medio bestial.

Le contó que le parecía algo triste. Ella era bonita, un contraste total con los semihombres que la poseían. El terapeuta opinó que podría tratarse de una prostituta cumpliendo encargos de clientes degenerados y exhibicionistas.

Él no opinó. Tener opiniones es deletereo. Pensar en general es peligroso. Sabía que si comenzaba a hacer suposiciones, mundos hipotéticos embargarían su cabeza como parásitos.

No opinó nada. La sesión terminó y él está de vuelta bajo tierra, buscando.

Aborda un tren sin fijarse en el rumbo. Ni el camino ni el destino importan. Son, nada más, la posibilidad de verla: de cerca o de lejos. Antes tampoco importaban, pero al menos ahora tenían una utilidad. Andar para verla, aunque sea por accidente, aunque sea de pasada.

Otra cosa que no hacía desde hace mucho era tener esperanza. La esperanza es un veneno dulce. Duele consumirla. La esperanza atañe al futuro, y entre más lejos en el tiempo, más duele su resaca.

Está de pie en medio del vagón. Su vida quieta, anquilosada, se volca en el único propósito de ver. Es todo ojos. Espía, otea, vislumbra; de frente, de reojo.

Ella no aparece.

Lunes, como siempre

Los días progresan. No esperan por nadie. Él sigue buscando infantilmente. Sufre al no saber nada de ella, pero sufriría más si al menos no hace el esfuerzo por encontrarla.

Entra y sale de pensamientos pasajeros. Su cabeza se vacía y anega. Procura no acariciar anhelos.

La intranquilidad se apodera de él. La desesperante sensación de que el vagón de repente pesa menos y de repente pesa lo mismo que hace un momento.

Un aire familiar circula por el espacio enclaustrado. Alguien le susurra un discurso ininteligible al oído.

La temperatura bajó un par de grados. Y cuando el tren se detiene, por una de las puertas ingresa la desconocida del cabello color de nubes de tormenta.

El ángulo no le permite ver el perfil de su faz que desconoce. Hasta ahora ella es un astro que sólo deja ver de sí lo que le place y no más.

Por primera vez decide tomar la iniciativa, se mueve entre las gentes ausentes del evento que sucede ante sus presencias. Y al llegar donde ella está, no media palabra, por alguna razón la conversación se antoja como algo inútil y estorboso.

La oscuridad intermitente del exterior que se cuela por las ventanas mientras el tren marcha, el ruido

blanco del sordo andar de las ruedas y ella que agacha la cabeza eludiendo el cruce de miradas no le permiten ver su rostro. Permanece en un anonimato parcial.

Los cuerpos se encuentran ajenos de todo cuanto pasa más allá de ellos. El éxtasis es la única manera de lidiar con la fatiga. Él se siente auténtico en sus arrebatos eróticos, auténtico por primera vez desde hace mucho.

Destierra todos los pensamientos y se procura sólo las sensaciones inmediatas, pone su mente en la yema de los dedos. Cada ser es una presa que se desborda. Siente y saborea las lágrimas de ella mientras la besa. Se impregna del sudor y un rastro de saliva que le resbala por la barbilla. Precipitación y humedad. La chica es una lluvia cálida y reconstituyente.

Él también llora. Es un acto de comunión. Un intercambio de dolor.

Milagros líquidos.

Otro día

Los encuentros son impredecibles: una semana frecuentes y otra semana esporádicos. No hay acuerdos ni recuerdos, cada uno es el primero.

De alguna forma quedó implícito que las palabras estaban vedadas. Y su rostro también fue parte del misterio.

Los encuentros son una bocanada de aire fresco. Son esos intervalos en los que un hombre al agua sale a la superficie para aferrarse con desesperación al aire.

Él no agradece ni desdeña. No siente ni terror ni piedad. Aunque en el fondo de su ser una duda germina sin que pueda advertirla.

La necesidad de saber quién es ella y por qué hace lo que hace. Reniega de su curiosidad. La curiosidad destruye paraísos.

Los encuentros dejan de bastar. Sin admitirlo desea más; desea saber. Sabe que el saber mata. Se acuerda de Burke & Hare y los anatomistas; para conocer la forma en la que el cuerpo humano funcionaba llegaron al extremo se secuestrar y matar. Conocer los secretos de la biología fue a costa de la vida.

Sabe que para entender lo que pasa entre él y la chica necesitaría diseccionar la relación, sabe que el riesgo es la destrucción.

Resiste, pero ni la piedra con toda su obstinación y tenacidad es rival para el agua. Comienza por seguirla disimuladamente cuando ella lo deja. Siempre la pierde entre las multitudes o al doblar una esquina. Ella se desvanece como humo, tenue.

Día tras día, tras día...

Seguirla resulta ser una tarea sisífica. Ella lo elude sin esfuerzo. Él sospecha que ella sabe que no pudo contener su curiosidad.

Ha estado valorando la posibilidad de hablarle. A estas alturas cualquier cosa sería conveniente. La idea es romper el hielo.

No hay garantía de que intentar cambiar algo en la fantasía por una vana ilusión no comprometa el oasis que tiene con ella. Teme tornar en espejismo su paliativo.

El terror y la piedad están tirantes dentro de él; halan en direcciones opuestas y lo mantienen en tensión. Al dolor de ser un individuo se le superpone el placer equívoco de un amor anómalo y a este, a su vez, se le superpone este nuevo dolor de que hay un estúpido idealismo emocional que pide, que ansía más de lo que puede merecer.

Las cuerdas son metáforas apropiadas para hablar de la vida: la cuerda como péndulo que provoca la

hipnosis y el sopor de sus días; el dogal al cuello que proviene de esa tenue lasitud y que también es el apersogamiento de su alma suspensa, sin escape; su relación con ella que atraviesa por la cuerda floja (camino horizontal y peligroso), sin línea de vida (el seguro vertical de supervivencia); la sensación de maniatamiento al pensar en formas de normalizar su situación de enredo; la tensión de las cuerdas de los instrumentos de tortura, ninguno musical; el hilo negro, su cabellera; un viscoso hilo de saliva que se tiende entre los labios libidinosos. Tantas y tantas fibras tensas, rotas, inconexas estrujantes...

Continúa buscándola
en el Dédalo subterráneo
unido a ella por un lazo de humo
que se desvanece cuando sube
las escaleras y regresa a la ciudad
a su vida superficial y llana
cargado de arrepentimientos
atento a los rumores

Nuevo día, mismas circunstancias

Se derrite y se hiela al mismo tiempo. Sigue sin conocer el rostro de la chica. Su posición es de posesión e ignorancia. Siente ser dueño de algo, pero no sabe exactamente de qué.

Recorre un cuerpo que su tacto conoce. Pero jamás ha visto el territorio que sus manos habitan en esos instantes de pasión.

Contradicción de sujetar algo que está en constante escape, como si abrazara humo o mordiera el polvo.

Hay días en los que su persecución se trastoca, él termina por ser el acechado. Con el extremo de la mirada descubre a la chica espiándolo, oculta por una con-

veniente sombra o a la vuelta de una esquina. Se siente castigado por ella.

Hay otros días en que la ve a la distancia, deformada por el movimiento que acontece a su al rededor. Su respiración se agitan y desea comenzar a correr hacia ella. Pero no se mueve, no se atreve ni a pensar. Sus instintos se ven revocados y queda entre la multitud tan desamparado como siempre.

Los mejores días son aquellos en los que evita los pensamientos de salvación. Si la esperanza desaparece, entonces también los temores; y ¿quién cuestiona al porvenir cuando el presente se ofrece así, tan amplio y placentero?

El día antes de la caída

La duda contamina discretamente al espíritu. Cuando es inofensiva nadie hace nada para erradicarla; y eventualmente germina, crece, se fortalece, entonces es demasiado tarde para combatirla. Sus raíces ya se afirmaron en los estratos más profundos del ser. La duda se hace parte de uno. Su presencia se impone ante cualquier idea. La duda precede las tentativas y las acciones.

Tal es así que en él ya no había tregua. Sus aspiraciones se oponían a su conformidad.

Ese día le habló. Las palabras no tenían importancia, lo valioso fue el gesto. En un inicio no recibió respuesta. Su impulso posterior fue levantar el rostro de la chica para mirarla por primera vez a los ojos. Quiso conocer a su amante.

Ella no se resistió, fue cediendo a la inercia de las palabras.

Encontró algo que lo llenó de pesar. El misterioso hemisferio de su cara estaba destrozado. Donde es-

peraba hallar la última pieza del rompecabezas de su alegría, encontró una piel macerada y transitada por cicatrices bermellones; el párpado era apenas una membrana de aspecto quebradizo cubriendo a intervalos un ojo blanco y nervado por sanguinolentas venas. Todo estaba deformado y árido.

El otro lado del rostro era un dechado de belleza. No hubo tanto asombro, más bien un sentimiento de tristeza lo invadió.

La chica comenzó a hablar. Le contó que en otra vida fue bella y soberbia. La vanidad dominaba todo lo que hacía.

La belleza es una aberración contra la naturaleza porque parte del órden y la simetría. Debe ser destruida o desvanecida. Y así es; cuando la vejez y la muerte no se encargan de ella, lo hacen la envidia y la violencia. Lo bello destaca —y aunque suele ser agradable encontrarlo— su existencia incómoda eventualmente. El no poder explicarla, tenerla o conservarla llena de cólera al corazón. No pasa mucho antes de que la belleza sea desestimada o vista inexplicablemente como una amenaza.

Tal es así que, a la chica, su belleza le jugó en contra. Un día aciago e inolvidable alguien llamó a su puerta. Sin esperar nada, una violenta llamarada le mordió el rostro. El súbito fuego le derritió la mitad de la cara. Recibió un daño irreversible e irremediable.

Anejo al dolor físico, una incertidumbre se impuso en el alma de la chica. No había perdido toda su belleza pero la parte destrozada se imponía a ella. Nadie volvería a mirarla sin que las cicatrices fuesen todo el centro de atención.

De ese modo su vida fue en detrimento. Se creyó aniquilada y que la única forma de conseguir la aten-

ción de los demás sería a través de la devaluación de su cuerpo y su dignidad.

Al menos esa fue su conclusión; al vivir de la atención no podía permitirse perderla, pese a todo. Hizo para sí un simulacro de la belleza, algo no tan egregio, por supuesto, pero que le brindaba cierto consuelo.

Un día

No hay más que un remedio para el dolor. Decir cuál es sería caer en observaciones estúpidas y verdades inútiles. No hay nada peor que una verdad inútil. Y a la larga todas las verdades son inútiles. El saber no ayuda, sólo compromete y causa problemas.

Saber que la chica del cabello ébano era presa de un mal insoluble no hacía más que perjudicar su relación con ella.

Comenzó a pensar contra su voluntad. En el fondo él también tenía su vanidad. Se creyó capaz de salvarla. No se dió cuenta de que como dijo Stefan Zweig: los desesperados arrastran consigo a quienes tratan de socorrerlos. Los hombres y mujeres que tienen un peso enorme hundiéndolos no son susceptibles de recibir ayuda porque ese peso son ellos mismos; hacer cualquier cosa es atentar contra su ser.

Ese día no la buscó, era el mejor método para encontrarla, resultaba ser casi una especie de invocación. Caminó por los andenes y abordó los trenes con una convicción estoica sin otro fundamento que la esperanza.

Hablaría con ella, se sacrificaría por devolverle el ímpetu de la vida. Quería irse lejos de todas las miradas y llevársela allá, lejos, donde ni dios pudiera inmiscuirse.

La encontró al borde del andén en posición de dar un paso al frente. Se apresuró a jalar su mano y retirarla del peligro de sí misma.

Habló. No se daba cuenta de su vana retórica y que uno no puede explicarse en términos razonables respecto a los sentimientos.

Ella pretendió alejarse pero él la detuvo. Suplicó, rogó y porfió. Deshízose en palabras. Ninguna surtió efecto porque ella siempre fue inmune.

Él desesperó. Las palabras se fueron acompañando de tirones y lágrimas suicidas. Las personas que estaban allí miraban y él quería ocultar a la chica de las miradas; su terror se acrecentaba al estar provocando lo contrario de lo que deseaba.

Ella trató de huir pero él se obstinó en detenerla. Tantos ojos mirando con insistencia lo hicieron encaminarse poco a poco hacia el borde del andén. Un lejano tren arrojó la luz de sus dos faros desde la oscuridad del túnel.

En el trance, ella se soltó de los brazos de él y ningún intento por sostenerla tuvo un resultado diferente al que tiene intentar apresar el humo. La chica corrió sin que nadie osara detenerla. El arrebato hizo que él perdiera el equilibrio y se precipitara al vacío.

El tren pasó encima de su cuerpo casi como si fuera la suma del rencor de las miradas circundantes.

Epílogo o en los ojos ajenos

De la vista nace el amor. El problema es que los ojos engañan. La mirada no es imparcial; ve lo que quiere ver. Ojos que ven, corazón que siente. Hay que ver con ojos que no ven: es decir, ver sin los prejucios del enamorado.

¿Qué ven las personas al rededor del hombre que lucha para salvar a la única persona que cree que lo necesita? Ellas lo miran confusas. Él mueve los brazos tratando de asir algo, pero está solo. Ellas observan sus

labios hablando enmudecidos, oyen que gritan silencios para nadie. Está solo.

Los ojos ven cómo sus erráticas acciones lo van encaminando lentamente a la tragedia. Y luego ven, un segundo antes de que caiga, una nubecilla de humo profundamente negro que sale de su mano izquierda.

20 de agosto de 2021

MUSA, EN EL AZOGUE ME AHOGUÉ

Para mi musa,
por la gracia de su abandono.

I
Paradoja y ausencia

El amor es un sentimiento que trasciende los problemas del tiempo y del espacio y se planta en la indefinición; jamás llega a ser tan imposible como para que los amantes no se puedan encontrar, pero tampoco tan posible como para que, una vez encontrados, no tengan que separarse al fin, después de que un óbice se imponga entre los dos, ya sea por voluntad de uno, de ambos, o de algo completamente ajeno.

Si un escritor quiere hablar de amor, no debe ser tan ingenuo como para terminar la historia en el architrillado *final feliz*, porque en el fondo habrá pecado de mediocre. Si se va a hablar de amor, debe retratarse desde su nacimiento, pasar por su fulgor y llegar hasta su muerte; pero no todos los escritores gozan de la buena voluntad de las musas y, en muchos casos, éstas majestades se complacen solamente en iniciar el fuego de la creación sin alimentarlo después, esperando que el alma del autor tenga suficiente materia para arder hasta que la historia alcance su cabo.

Ahora bien, el problema de las musas se agrava si consideramos que son infieles y llegan a compartir

la pluma con más de un autor, lo que provoca el largo problema de las repeticiones entre los temas y tratamientos en materia creativa; o la situación, por demás enojosa, cuando la musa del poeta dicta una novela o viceversa, pues los resultados siempre son extraños y sacan de quicio a los críticos, enemigos naturales de las musas.

Volviendo al asunto del amor: yo estaba sentado en una banca del parque —cosa irrelevante, pero necesaria para ejercitar el arte de narrar— pensando en las últimas páginas que mi musa me había dictado; gozabamos de una relación más o menos fructífera, pero últimamente ella se había comportado más perezosa y dispersa de lo normal. En la víspera comenzamos un cuento, pero no bien estaban listos los primeros párrafos, la ingrata me abandonó y me quedé desamparado en el descubrimiento de mi total dependencia de su guía. Acostumbrado al ritmo de trabajo que ella me impuso, encontrarme allí, sin saber qué escribir, me estaba fastidiando la existencia.

Entonces vislumbré la posibilidad de ponerme a escribir sin más, llevar mi cuento a buen puerto o al menos hacerlo naufragar. Según yo, ésto no era gran ciencia, y el influjo de la musa en su contenido, bien podía ser remplazado con *imaginación*. Por lo demás, la semilla estaba plantada, sólo dependía de mí cuidar su germinación y velar por su feliz crecimiento.

Reanimado, me puse en marcha de regreso a casa, pensando en cómo podría continuar y terminar mi narración.

II

El espejo y la identidad

La presencia del hombre ante un espejo
obstaculiza fastidiosamente la continuidad
de un mundo misterioso que vive en
la superficie del espejo cuando
no estamos mirando en él.

Salvador Elizondo

El cuento es de (des)amor, por supuesto. Y hasta donde la musa tuvo injerencia, escribimos a nuestro héroe, cuyo nombre no llegué a saber, pero a quien llamaré Cero Cero. La musa lo había puesto en términos de que íbamos a ir conociendo los detalles de su persona por las cosas de las que se rodeaba y las personas que frecuentaba, en honor al *poncif* de *dime con quién andas* y te diré quién eres. Entonces, él fue ideado como un contorno abrazando el vacío que paulatinamente se cargaría de identidad. Pero en los pocos párrafos que la musa me dejó, no hay muchos indicios que nos permitan contestar exactamente quién es el protagonista de este cuento, y más bien, por la ambigüedad de la que gozan las palabras, podríamos pensar toda suerte de ideas irreconocibles sobre su ser.

Lo cierto es que Cero Cero —gracias a acontecimientos tampoco esclarecidos por la musa— poseía un espejo que en lugar de devolver el reflejo de quien se miraba en él, permitía ver el rostro del alma gemela; la pareja predestinada. Otro buen modo de no conocer directamente al protagonista porque al mirarse en el azogue, encontraba a una mujer hermosa y muda que desconocía... cuestión que en suma no contribuía a descubrirnos nada sobre Cero Cero.

00 espiaba con pudor en el espejo porque la imágen de ella obedecía a una mímica exacta de los gestos de él y descubrirse pequeño en las pupilas de ella, cuando las miradas tendían líneas rectas entre los ojos, le provocaba cierta emoción imposible de soportar por mucho tiempo. Otras veces desesperaba en ver cómo su tristeza se reflejaba exacta en aquel rostro que le parecía haber sido hecho sólo para sonreír. Y llegaba al grado de la frustración cuando su espíritu le impelaba dirigirle la palabra que se quedaba presa en el vacío sin recibir respuesta.

III
Cero ídem

Los espejos son despiadados repitiendo la verdad; reproducen un eco de la imagen sin cambiar nada de ella, pero en este caso, el espejo de C. C. repetía una respuesta a una pregunta no formulada. No conforme con esto, hay una complicación agregada: la disincronía entre el reflejo y su observador, porque más allá de la velocidad de la luz, sucede un momento en el que el espejo está vacío antes de que reproduzca la imagen frente a él, y cuando esa imagen aparece por fin, de nuevo, más allá de la velocidad de la luz, los ojos que miran la superficie reflectante están vacíos antes de captar el resultado de ese encuentro simétrico: mirar al espejo es encontrar el pasado inmediato, el instante que fue.

C. Cero cubría el espejo con un terciopelo azul obscuro para no profanar con su mirada deshonesta aquella figura que se reproducía cuando él se asomaba a ver. Por su mente vacía cruzaban fugaces anhelos y estra-

tegias para ir más allá de aquel reflejo, para encontrar la carne, la materia deseada. A veces, por las noches, un arranque de malicia lo pricipitaba frente al espejo donde se desnudaba con divina obscenidad, dando a su vista el máximo de piel. Luego, en otro arrebato, se cubría avergonzado de su avidez, de espiar aquella figura inocente. Su amor no era amor todo el tiempo, rozaba con el desdén que sienten los que están impedidos para poseer.

IV

Si el espejo se quiebra...

Escribí páginas y páginas de cómo 0 Cero miraba y cubría el espejo; meticulosas descripciones de un obseso que se redimía con el amanecer y recaía al anocher. Juzgué que toda variante de sus desafallecimientos podía bien sintetizarse en unas cuantas líneas, para hacer gala de brevedad: *«Ese hombre desconocido se presentaba ante una desconocida; a veces, con violencia, recargaba las manos en la fría superficie de vidrio y trataba de tocar ese cuerpo tan cercano, pero su tacto no encontraba nada. Retrocedía y se disculpaba, y aquel reflejo lo miraba con miedo y confusión, le preguntaba lo mismo que él se preguntaba, entonces ese remedo volvía a fastidiarlo porque las maneras y actitudes de hombre lucían burlescas y caricaturizadas en el cuerpo de una mujer; a continuación, el reflejo adoptaba un gesto amenazador que sin palabras gritaba toda suerte de insultos sobreentendidos. El hombre por fin cubría el espejo y se tiraba en la cama, presa de pensamientos cada vez más oscuros y sutiles: "¿Y si el espejo se quiebra se acabaría*

mi suplicio? Bien podría tomar cualquier cosa pesada de esta habitación y arrojarla contra el azogue maldito... se haría trizas y mi amor quedaría regado por el piso como cualquier otro vulgar vestigio. No me atrevería a mirar los pedazos...”».

»“Nada tiene piedad de mí, lo que siento me castiga cuando el reflejo, ella, adopta mi semblante y me acompaña en mi dolor o en mi perversión. La culpa me corroe porque no puedo explicarle lo que pasa; me aterra pensar que ella pueda ser consciente de lo que hago... debo tener en cuenta esa posibilidad, que ella me ve cuando yo la veo, que ella sabe lo que hago, lo que miro, lo que invado...”».

»Cero 0 cierra los ojos y se queda dormido entre cavilaciones. En algún momento nocturno, su sueño se torna ligero y él se levanta en estado de duermevela, descubre el espejo y se queda quieto frente al reflejo de la mujer que es él. Traza la silueta en el aire con el índice enhiesto y, del otro lado del espejo, ella se sincroniza con él, pero los resultados no se ajustan con exactitud; el cuerpo de ella es más pequeño y sinuoso, mientras que el de él es enjunto y algo más recto en los ángulos. La oposición y la diferencia son la norma.

»C.0 toma un pisapapeles y lo estrella contra el espejo, el impacto se traduce en una telaraña de grietas que comienzan a sangrar. En la frente de aquella mujer, que hace un momento era despejada y destacaba en la oscuridad de la noche, ahora hay una herida que poco a poco enturbia un hemisferio del rostro, pero no es el espejo lo que 0. Cero acaba de golpear, sino su propia cabeza. No pasa más que un instante y el desmayo sobreviene.

V
Duplicado, multiplicado

La vista es el más pérfido de los sentidos. Pone todo en una perspectiva falaz donde parece que basta con estirar la mano para tomar al sol cual si fuera una manzana o como si con una bofetada al aire uno pudiera dispersar las altas nubes. La vista es la que le dice a 0.0. que ella está al alcance de sus manos y los deseos entran en conflicto con las potencias. Todo se anhela y nada se puede. Cero C. no se atreve a descubrir el espejo desde el día del atentado, éste permanece en un rincón de la habitación.

Voy llegando lejos, aunque no sin cansancio. El delicado equilibrio del cuento debe alcanzar su clímax aquí, para que su desenlace llegué rodando por la pendiente de forma gracil y convincente. De momento tenemos el amor de Cero0 en su *fulgor*, pero le faltan el nacimiento y la muerte; por economía literaria creo que debería *matar dos pájaros de un tiro*, ofrecerlos unificados: así me ahorro la dificultad de hacer esa peligrosa acrobacia que llaman *digresión* y al mismo tiempo aligero el impacto de la violencia que significa *abandonar la narración*.

CcEeRrOo trae, de otra habitación, un espejo de semejantes dimensiones al suyo. Lo coloca junto al otro espejo y estudia su verdadero reflejo que hace ya mucho no miraba. Trata de reconocer al desconocido, le parece increíble que él pueda proyectar otra figura que no sea ella, el reflejo de la que ama. A la sazón, piensa en su sombra que a esa hora del día debe estar detrás de él, se voltea para comprobar que, aunque, deformada por los obstáculos donde se proyecta y por el ángulo

de la luz, su sombra refiere de forma inequívoca a su cuerpo. Es la prueba que necesita para determinar que él es él y nadie más que él, aunque su historia antes de estas líneas no sea posible de precisar.

Con las precarias herramientas de su escritorio: bolígrafos, un abrecartas, el pesado pisapapeles con rastros de sangre seca; se pone a arrancar el marco de madera del espejo recién traído, éste cede fácilmente. Repite la operación con el otro espejo, pero todo debajo del terciopelo azul que no se atreve a levantar ni por accidente.

El golpe en su cabeza fue el relámpago que por un instante iluminó su mente y le proporcionó la solución al problema del espejo mágico.

Coloca ambos espejos uno junto al otro, cubriendo un poco el espejo convencional con el terciopelo azul, de modo que los perímetros de ambos se corresponden, haciendo que sean como uno sólo. Cierra los ojos y deja caer el velo. Retrocede lentamente, calculando la distancia aproximada donde habrá de quedar frente al espejo común pero también podrá mirarse en el otro espejo. Abre los ojos y se encuentra tal y como debe ser, mira a un lado y la ve, en ese ángulo sólo la percibe incompleta, así que la herida en su frente no se refleja en la de ella. Avanza metódicamente, entornando la mirada o moviendo un poco la cabeza, de modo que ese arreglo donde se ve y la ve a ella no se pierda por nada. Al estar al alcance de ambos azogues, los toma y, como si fueran un libro abierto, los cierra uno frente al otro. Mira sobre su hombro y detrás de él no está su sombra; sabe que desde ahora su cuerpo será incapaz de proyectar su imágen. Consciente de que no podría tener lo que deseaba en sus términos, aspiró a conseguirlo en otros términos: siendo ella un reflejo, sólo podría estar

a su lado si él, a su vez, era también reflejo y nada más. Los espejos se besan hasta el infinito.

22 de agosto de 2021

CASTILLO DE NAIPES O PENSÉES O ACUMULACIÓN DE MINIATURAS

Fragmentos de entrelíneas o pensamientos (escamoteados y) diversos de las obras que alguna vez leí:

El mundo no puede salir de Dios, ni la mujer del hombre, ni el yo del sí.
Drieu La Rochelle

El infierno es una tortura "física" de la inteligencia.
Salvador Elizondo

La gloria es un certificado de impotencia.
Giovanni Papini

Cuanto ha sido no puede ya ser sino como fue, y cuanto es no puede ser sino como es; lo posible queda siempre relegado a lo venidero, único reino de libertad y en que la imaginación, potencia creadora y libertadora, carne de la fe, se mueve a sus anchas.
Miguel de Unamuno

La frontera entre «lector» y «crítico» es invisible. En realidad no existe.
Antonio Alatorre

Las más exquisitas formas de arte requieren para su producción e inteligencia algún alejamiento del vulgo.
Julio Torri

Esa comunicación de la propia intimidad a un amigo produce dos efectos contrarios, pues redobla las alegrías y divide en dos las penas; porque no hay nadie que al compartir sus alegrías con su amigo, no disfrute más con eso; y ninguno que comparta sus penas con su amigo que no se sienta aliviado de ellas.
Francis Bacon

El amor, que nos pintan como la causa de nuestros placeres, no es, cuando más, sino el pretexto.
Pierre Choderlos de Laclos

El hombre encuentra lo que busca y ve en el mundo lo que lleva dentro.
Elena Garro

Lasciva est nobis pagina, vitæ proba.
Denis Diderot citando a Marcial

El principio primero de la religión sólo estribaba en mantener a los hombres en el terror.
Marcel Schwob parafraseando a Cyril Tourner

A nadie pertenezco y soy de todo el mundo. Antes de entrar ya estaba aquí y seguiré aquí cuando salga.
Denis Diderot

El amante era más divino que el amado, porque en aquél alienta el dios, que no en el otro.
Thomas Mann

Cada recuerdo surgiendo en la memoria se transforma en la sustitución de aquello que se recuerda.
Fleur Jaeggy

Pero, ¿qué mortal puede llegar a vencer a un personaje que él mismo ha creado en sueños? La imaginación está vencida en el instante mismo en que crea al enemigo: y el resultado del combate está asimismo predeterminado.
Ambrose Bierce

Envejecer es soltar finalmente la presa por la sombra que es el alma de la presa.
Pierre Drieu La Rochelle

Un suceso, una pregunta, una meditación, pueden modificar las que suponíamos firmes conclusiones, y que la única verdad es la que resulta de todas a las que vamos llegando durante nuestra vida.
Josefina Vicens

¿Se puede engañar al amor? Él previene todo cuanto le interesa: no se intuye de su suerte, sino más bien la adivina.
Pierre Choderlos de Laclos

Cuando se deja que lo imposible tome carta de naturaleza en un asunto, las posibilidades se convierten prácticamente en ilimitadas.
Héctor Hugh Munro, Saki

Lo que está establecido por la costumbre, aunque no sea bueno, por lo menos es apropiado.
Francis Bacon

El demiurgo es hermafrodita.
Alfred Kubin

En la senda del mal, los primeros pasos son los que cuentan.
Mark Twain

No hay que imaginar a Dios ni demasiado bueno ni demasiado malo. La justicia está entre el exceso de clemencia y la crueldad, al igual que las penas finitas están entre la impunidad y las penas eternas.
Denis Diderot

El chiste es artificio, hechura de arte, abstracción o parcialización de la realidad, no espejo liso y directo, sino cóncavo o convexo como los del callejón del Gato, o estrellado, o espejo de otro espejo. El chiste tiene la misma impunidad o irresponsabilidad que la ficción literaria.
Antonio Alatorre

Para alcanzar la verdadera noción de lo "divino", hay que perder la imagen de un Dios, por sublime que sea.
Pierre Drieu la Rochelle

Saint-Saëns ha definido la música diciendo que «es algo que atraviesa el oído como un vestíbulo, y que continúa más lejos».
Amadeo Roldán citando a Camille Saint-Saëns

Lo que no es eterno tampoco es real.
Miguel de Unamuno

Creo que el no percibir brutalmente la destrucción, el aniquilamiento del cuerpo que se ama, es el gran milagro de la convivencia.
Josefina Vicens

Quienes repiten frases son unos idiotas, que toman por idiotas a los que las escuchan.
Denis Diderot

Cuántos más pícaros hay en galera, muchos menos hay afuera.
Gérard de Nerval

Y si doloroso es tener que dejar de ser un día, más doloroso sería acaso seguir siendo siempre uno mismo, y no más que uno mismo, sin poder ser a la vez otro, sin poder ser a la vez todo lo demás, sin poder serlo todo.
Miguel de Unamuno

El infinito no me aterroriza; me disgusta y me ofende. Para sufrir la humillación de mi pequeñez bastaba la tierra.
Giovanni Papini

Los excesos son buenos con aquellos a quienes se quiere dejar pronto.
Pierre Choderlos de Laclos

Por todas partes veo diferencias, pero también por todas partes [veo] proporciones.
Voltaire

Estaba yo en un alto monte y vi un hombre gigante y otro raquítico. Y oí como una voz de trueno. Me acerqué para escuchar y me habló diciendo: «Yo soy tú y tú eres yo; dondequiera que estés, allí estoy yo. En todas las cosas estoy desparramado y de cualquier sitio puedes recogerme, y recogiéndome a mí, te recoges a ti mismo».
Evangelio de Eva citado por Juan José Arreola

Hace ya mucho tiempo que el papel de sabio resulta peligroso cuando uno vive entre idiotas.
Denis Diderot

Hay tres grados de ocultación y veladura del íntimo sentir del hombre: el primero es reserva, discreción y secreto, cuando un hombre no deja que le observen o sepan quién es; el segundo es disimulo en lo negativo, cuando un hombre manifiesta signos y argumentos de que él no es el qué es; el tercero, la simulación en lo afirmativo, cuando un hombre finge y pretende, con industriosidad y expresamente, ser lo que no es.
Francis Bacon

En México, a los artistas, si vivos, hay que asesinarlos; si muertos, rendirles fúnebres homenajes.
Juan Vicente Melo

El arte se encuentra en el lado opuesto de las ideas generales, se limita a describir lo individualidad y a desear lo único. Nunca clasifica, sino que desclasifica.
Marcel Schwob

Los demasiado razonables no sabrían nunca lo que es ser dichoso de veras.
Fiodor Sologub

Casi todas las cosas grandes que existen son grandes porque se han creado contra algo, a pesar de algo: a pesar de dolores y tribulaciones, de pobreza y abandono; a pesar de la debilidad corporal, del vicio, de la pasión.
Thomas Mann

La serenidad en medio de la desgracia, y la gracia en medio de la tortura, no son sólo resignación; son también actividad y encierran un triunfo positivo.
Thomas Mann

Lo que no es eterno tampoco es real.
Miguel de Unamuno

El principio primero de la religión sólo estribaba en mantener a los hombre en el terror.
Cyrill Tourner según Marcel Schwob

Nos olvidaríamos de todas las pequeñas menudencias cotidianas que nos hemos propuesto hacer un minuto antes, si todo en torno de nosotros no estuviera poblado de cosas y hechos recordantes.
Macedonio Fernández

Cuanto más nos alejamos de la norma ordinaria, más voluntad y esfuerzo consciente son necesarios para asimilar lo que es nuevo.
Aaron Copland

La eternidad rotativa puede parecer atroz para el espectador; es satisfactoria para sus individuos.
Adolfo Bioy Casares

La patria no está aquí ni allá. La patria está en tu interior o en ninguna parte.
Herman Hesse

No hay nada tan cerca de la muerte como un enfermo que se cree sano.
E. T. A. Hoffmann

Algunos accidentes de la vida humana están tan artísticamente combinados por el destino o por las leyes naturales como la más demoníaca invención.
Marcel Schwob

Los hombres hacían mal en juzgar un todo del que sólo percibían una pequeñísima parte.
Voltaire

Toda nuestra vida es un sueño pasajero...
Ryunosuke Akutagawa

Para hacer daño no se necesita talento, ser imbécil no es ser inofensivo.
Fiodor Sologub

Si hablo no cede mi dolor y si callo se queda en mí.
Max Aub citando Job XVI:6

El instinto maternal desafía a la muerte, e incluso la niega.
Algernon Blackwood

De la fantasía brota la razón.
Miguel de Unamuno

Cuando no se quiere lo imposible, no se quiere.
Antonio Porchia

Voy a revelaros un gran secreto. Una secular astucia de la humanidad. Adelante es por todas partes.
Milan Kundera reescribiendo a Denis Diderot

Una ráfaga de viento. ¿Quién la alcanza? ¿Quién sabe dónde va, ni de dónde viene? ¿Quién la ve?
Elena Garro parafraseando Juan III:8

Mi corazón me duele a mí. Y no debería dolerme a mí, porque no vive de mí, ni para mí.
Antonio Porchia

Quien quiera buscar en la hondura, debe subir a las montañas.
Gustav Meyrink

La muerte es un misterio? También el nacimiento lo es. ¿Cómo de los hombres salen hombres?
Miguel de Unamuno

Es bueno encomendar el principio de todas las cosas a Argos, con su centenar de ojos y el final a Briareo con su centenar de manos, primero estar alerta y luego darse prisa.
Francis Bacon

Pero no hablemos de hechos. Ya a nadie le importan los hechos. Son meros puntos de partida para la invención y el razonamiento.
Jorge Luis Borges

Todos los seres pensantes son diferentes, y en el fondo todos se parecen por el don del pensamiento y los deseos.
Johann Wolfgang von Goethe

¿Quién puede poner puertas al campo?
Miguel de Cervantes Saavedra

El buen juicio futuro rectifica la murmuración del presente.
Denis Diderot

Es hermoso escribir sobre lo que se piensa: es privilegio del hombre.
Voltaire

La incoherencia de un discurso depende del que lo escucha.
Paul Valery

Están en los cierto los filósofos cuando nos dicen que nada es grande o pequeño sino por comparación.
Jonathan Swift

El amor propio es un globo hinchado de viento del que salen tempestades cuando se le pincha.
Voltaire

Los tontos han sido puestos en este mundo para divertir a los que no lo son.
Pierre Choderlos de Laclos

En tu prisa por crecer echaste alas y raíces. ¿Qué vas a hacer?
Ulalume González de León

La hora que os ha dado la vida ya os la disminuye.
Gérard de Nerval

Historiola animæ, sed historiola.
Marcel Schwob

Uno se da cuenta de que algunas historias, ya sean relatos, novelas cortas o novelas, se escriben como resultado de un único impulso, claro e inmediato. Otras se desgajan a partir de varios hechos a lo largo de la vida y se unen mucho más tarde para crear un conjunto.
Ray Bradbury

A veces las palabras son estorbosas por faltar a la verdad.
Elena Garro

Cuando todo es falso es cuando más se ama la verdad.
Denis Diderot

Con la excusa de que una cosa se parece a otra nunca nada se destruye.
Fleur Jaeggy

Lo racional, en efecto, no es sino lo relacional, la razón se limita a relacionar elementos irracionales.
Miguel de Unamuno

No hay nada tan extravagante e irracional que no lo hayan sostenido como verdad algunos filósofos.
Jonathan Swift

El momento más seductor de una mujer, el único que puede producir aquel encanto de que se habla siempre y que tan rara vez experimenta, es aquel en que, estando ya seguros de su amor, no lo estamos aún de sus favores.
Pierre Choderlos de Laclos

La mentira es mejor cuanto más parece verdadera y tanto más agrada cuanto tiene más de lo dudoso y posible.
Miguel de Cervantes Saavedra

¿Por qué se efectúan, a fin de cuentas, oposiciones entre el niño, el hombre y el anciano? No no hay más que un solo ser en el que el hombre se manifiesta poco, en el que niño y anciano se confunden.
Pierre Drieu La Rochelle

El que mira hacia lo alto nunca puede tener vértigo.
Milan Kundera

No destruiremos lo que existe, sino que, evitaremos crear lo que no existe.
Raúl Barón Biza

La Música es una ciencia que nos hace reír, cantar o bailar.
Guillaume de Machaut

Tlayolan, que quiere decir que el maíz nos dió la vida.
Juan José Arreola

¿Es nuestra vida otra cosa que una serie de Preludios a ese canto desconocido del cual la muerte entona la primera y solemne nota?
Amadeo Roldán cita a Franz Liszt quien, a su vez, cita a Alphonse de Lamartine

No hay profanación en que el pueblo niegue a los dioses; pero es profanación atribuir a los dioses lo que el pueblo cree de ellos.
Francis Bacon

Dejo un nombre, ¿qué es más que un nombre? ¿Qué seré más que los personajes ficticios que he creado en mis invenciones? ¿Qué es hoy, en la tierra, Cervantes más que Don Quijote?
Miguel de Unamuno

Estoy convencido de que hay hombres que nacen fuera de su ambiente. La casualidad los coloca en un determinado medio, pero siempre sienten la nostalgia de una patria que no conocen.
William Somerset Maugham

Querer tomar es temer perder.
Pierre Drieu La Rochelle

De nada sirve estar vivo mientras se esta trabajando.
André Breton

La muerte de un hombre es algo determinado desde antes de su nacimiento.
Elena Garro

El alma, como el cuerpo, toman la fuerza de su vitalidad en el hecho de estar íntegros, cerrados, secretos.
Luisa Josefina Hernández

La sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.
Miguel de Cervantes

Escribir es aún más efímero que hablar, no hay nada más efímero que el darse cuenta.
Fleur Jaeggy

He aquí los hombres: siendo todos igualmente malvados en los proyectos que forman, a la flaqueza que ponen en realizarlos dan el nombre de probidad.
Pierre Choderlos de Laclos

He aquí un pueblo llegado a su madurez, que sabe que ha cumplido su parte, su parte terrestre, su parte humana. Este pueblo deja de ser humano: unos parten hacia lo espiritual sin retorno, los otros regresan al animal.
Pierre Drieu La Rochelle

La verdadera esencia de la mentira necesariamente tiene que ser la verdad.
Salvador Elizondo

Nada sé de los principios, si no es que se tratan de reglas que prescribimos a los demás para nosotros.
Denis Diderot

Nada resulta más extraño ni más irritante que las relaciones que se establecen entre hombres que sólo se conocen de vista.
Thomas Mann

Si la conciencia no es, como ha dicho algún pensador inhumano, nada más que un relámpago entre dos eternidades de tinieblas, entonces no hay nada más execrable que la existencia.
Henri Poncairé & Miguel de Unamuno

Nada conmueve tanto a las mujeres como la posibilidad de salvar a un hombre.
Octavio Paz

Un atributo de lo infernal es la irrealidad, un atributo que parece mitigar sus terrores y que los agrava tal vez.
Jorge Luis Borges

La expresión oral y el pensamiento tienen una esencia efímera que no compromete. Lo que da una impresión de informalidad e inconsistencia es la frecuente rectificación de los conceptos que se consignan por escrito, como supuesto fruto de largas y concienzudas meditaciones, o la de una verdad que nos parece incontrovertible y que afirmamos como tal, con igual firmeza que unos días después afirmaremos otra que niega la anterior.
Josefina Vicens

Si en el mundo no hay justicia y el poder existe en el mundo, entonces el poder no es justo y por tanto se puede pensar como los que dicen que el poder es siempre malo.
Fleur Jaeggy

La opinión privada es más libre pero la opinión ante los demás es más respetuosa.
Francis Bacon

Las desgracias particulares hacen el bien general de suerte que cuantas más desgracias particulares hay, mejor está todo.
Voltaire

La vida y la muerte están en el poder de la lengua.
Proverbios XVIII:21

Yo no me atrevo a hacer ningún proyecto; me encuentro como una gota de agua en un inmenso océano.
Voltaire

No hay cosa en el mundo que no sea germen de un Infierno posible.
Jorge Luis Borges

Lo único que vale la pena ver es lo que está adelante en el tiempo que.
Elena Garro

En el País de los Sueños no hay lugar para la sorpresa y la razón ha abdicado su imperio.
Ambrose Bierce

Comenzar a pensar es comenzar a estar minado.
Albert Camus

El niño, como el hombre, no posee más que aquello que inventa. Usa lo que existe, pero no lo posee.
Josefina Vicens

¿Será quizás que hay algo dudoso en la esperanza, y conforme va desapareciendo de la vida, toma ésta un carácter más severo, pero más positivo? ¿Será quizás que la vida se va volviendo más real conforme van desapareciendo las ilusiones, lo mismo que en la cima de las rocas aparece más claro el horizonte cuando las nubes se disipan?
Benjamin Constant

El sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templa el ardor y, finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey y al simple con el discreto. Sola una cosa tiene mala el sueño, según he oído decir, y es que se parece a la muerte, pues de un dormido a un muerto hay muy poca diferencia.
Miguel de Cervantes

El odio a veces va más allá de la protección que uno mismo se debe. El odio vuelve atrevido al cobarde y desata al pusilánime.
Luisa Josefina Hernández

Únicamente gracias a la memoria somos un mismo individuo para los otros y para nosotros mismos.
Denis Diderot

Yo sólo leo para mí; sólo me gusta lo que me sirve.
Voltaire

Escribir es morir un poco. Escribo para olvidar.
Max Aub

Dios consigue la salvación de los hombres a través de las ideas de los hombres.
Pierre Drieu La Rochelle

Dios para la generalidad de los hombres es el productor de la inmortalidad.
Miguel de Unamuno

No basta que algo no se entienda para que tenga mucho sentido, pero lo muy claro es muy sospechoso: casi todo lo que no dijo nada, se redactó perfecto.
Macedonio Fernández

El arte es la exteriorización de un sentimiento, y los sentimientos hablan un lenguaje al alcance de todos.
William Somerset Maugham

La fatalidad en un principio tan dolorosa, que ha golpeado mi ser material, se ha convertido para mí en la liberación de muchas servidumbres.
Villiers de L'Isle-Adam

La posibilidad de engendrar fortuitamente el universo es muy pequeña, pero la cantidad de combinaciones posibles es infinita.
Denis Diderot

Nunca escuchamos nuestra propia voz como el otro la escucha: la voz es el espacio en el que somos tal cual somos sin saberlo, en el que el otro se revela como otro.
Héctor Bianciotti

El hombre ama al hombre mientras no puede juzgarle.
Thomas Mann

La historia de los hombres ha sido reescrita tantas veces que la gente ya no sabe quién es.
Milan Kundera

Decididamente, mi primer amor ocupará en este libro tanto sitio como en mi corazón.
Paul Léautaud

Ser otro todavía en el hacerlo todo por un otro.
Macedonio Fernández

El espejo es el principio del conocimiento, porque sólo la repetición de un objeto nos permite verlo y comporta la certidumbre de su existencia, que la fascinación que ejerce la simetría proviene de tal repetición y que conocer es reconocer.
Héctor Bianciotti

¿Para qué voy a emprender una batalla que quiero ganar, si de antemano sé que, no emprendiéndola es como la gano?
Josefina Vicens

El infinito también, como la memoria, es la forma más imposible y más exasperante del olvido.
Salvador Elizondo

Cuanto menos verosimilitud tiene un hecho, pierde más peso el testimonio histórico.
Denis Diderot

Toda la gente con aptitud guerrera es un poco holgazana y gustan más del peligro que del trabajo.
Francis Bacon

No me gusta nada el modo de robar de los comerciantes pues, el ladrón roba sin engañar; pero el comerciante engaña y roba.
Gérard de Nerval

El ahora es un punto que no bien pronunciado se disipa, y sin embargo, en ese punto está la eternidad toda, sustancia del tiempo.
Miguel de Unamuno

Decir que un hombre miente es tanto como decir que es valiente con Dios y cobarde con los hombres. Porque la mentira se encara con Dios y huye ante el hombre.
Francis Bacon

¡Desdichada région, donde las marcas de generación son ignominiosas, donde las de la aniquilación son honorables, como si hubiera algo más glorioso que dar la vida, y algo más infame que quitarla!
Cyrano de Bergerac

Abundancia o pobreza, la vida larga o breve son por el Creador dispuestas, repartidas. Pero un vaso de vino iguala vida y muerte.
Li Po (Li Bai), versión de Arthur Waley

El individuo no existe ya más que en la teoría pura; en la práctica cada hombre es un átomo, una rueda, número, un sectario*
Giovanni Papini

Los hombres se destruyen con el hierro y se compran con el oro.
Giovanni Papini

La gente ahora se enriquece a costa de su pobreza espiritual en medio del apogeo de ciencias y técnicas. Ésta es la prueba evidente del fracaso de nuestra civilización, que siempre ha ido contra la vida.
Juan José Arreola

Todas las cosas presentes que los ojos están mirando se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con más vehemencia que las cosas pasadas.
Miguel de Cervantes

El público que el verdadero artista tiene, es tanto más reducido y selecto cuando más original, más elevada y más personal sea su forma de expresión.
Amadeo Roldán

La idea de Dios en nada nos ayuda para comprender mejor la existencia, la esencia y la finalidad del Universo.
Miguel de Unamuno

Siempre seguimos la misma costumbre que hemos cambiado.
Macedonio Fernández

La virtud es algo estupendo; tanto los buenos como los malos hablan bien de ella...
Denis Diderot

Sin delirio no hay ternura; y creo que por esto las mujeres son tan superiores a nosotros en las cartas amorosas.
Pierre Choderlos de Laclos

La intuición es el recuerdo que todavía no vivimos.
Juan José Arreola

La mayor perfidia del demonio es comportarse como si no existiera.
Gustav Meyrink

Subjetividad y objetividad disputan una serie de asaltos a lo largo de una vida humana, de los que casi siempre la primera resulta, muy rápidamente, muy mal parada.
André Breton

Pensad que las circunstancias dictan siempre las mismas palabras y que el rostro se armoniza siempre un poco con ellas.
Villiers de L'Isle-Adam

La eternidad rotativa puede parecer atroz para el espectador; es satisfactoria para sus individuos.
Adolfo Bioy Casares

La voluntad se refiere siempre al porvenir.
Miguel de Unamuno

La necesidad de engullir fragmentos de plantas y de animales para no morir, es una de las peores humillaciones de nuestra vida, uno de los más torpes signos de nuestra subordinación a la Tierra y a la Muerte.
Giovanni Papini

La Gloria es el resplandor de un nombre en la memoria de los hombres.
Villiers de L'Isle-Adam

La memoria es un libro abierto en el que podemos leer nuestras acciones para no repetirlas.
Elena Garro

La dicha del escritor es su posibilidad de transformar la idea enteramente en sentimiento; el sentimiento, totalmente en idea.
Thomas Mann

La muerte es un misterio? También el nacimiento lo es. ¿Cómo de los hombres salen hombres?
Miguel de Unamuno

El que está fuera de sí, nada aborrece tanto como volver a su propio ser.
Thomas Mann

¿Sabes lo que es el infierno? Es la repetición. Y todos los días repetimos el mismo gesto, la misma frase... Estamos en el infierno, condenados a repetirnos para siempre…
Elena Garro

Con las palabras el pensamiento se eleva y se levanta el hombre.
Aristófanes

Y si intentáis oponeros a la voluntad de la Naturaleza, será como si probarais a vaciar el mar con un cedazo.
Denis Diderot

Las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres, pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias.
Miguel de Cervantes

La muerte permanece en la vida como una aterradora oquedad.
Josefina Vicens

El recuerdo de los acontecimientos familiares más trágicos pierde su intensidad, se suaviza con el correr del tiempo.
Iván Turguénev

Prefiero las cosas que al tiempo que nacen se acaban.
Fleur Jaeggy

Quien a otro ama es que quiere eternizarse en él.
Miguel de Unamuno

Para disipar nuestros temores, basta casi siempre el examinar a fondo su causa.
Pierre Choderlos de Laclos

Al ser tú y los otros salvajes, seres materiales, y como la muerte, en lugar de aniquilar la materia, sólo altera su economía, debes, creer con certeza que al dejar de ser lo que eras, comenzarás a ser otra cosa.
Cyrano de Bergerac

El peligro subsiste para el hombre en cualquier edad, pero su amenaza amengua si desde pequeño se acostumbra a no contar sino con sus propias fuerzas.
Horacio Quiroga

En materia de amor, nada puede hacerse sino estando muy cerca.
Pierre Choderlos de Laclos

Una imitación, aunque sea genial, no podrá substituir nunca a la realidad.
Giovanni Papini

El tiempo es tan corto para los pueblos como para los individuos.
Pierre Drieu la Rochelle

Labor repartida, mujer con barriga.
Juan José Arreola

En esta vida nadie sabe de qué alegrarse o entristecerse. El bien acarrea el mal, el mal trae consigo el bien. Caminamos en plena noche, bajo lo que está escrito allí arriba, tan insensatos en nuestros deseos, como en nuestras alegrías y aflicciones. Cuando lloro me digo que soy un tonto.
Denis Diderot

La fealdad es necesaria, sin fealdad no hay belleza: donde todo es igual, nada es sublime: de la comparación brota el mérito.
Pedro Antonio de Alarcón

La facultad creadora florece rara y maravillosamente. Cuando el artista flaquea, entrega sus armas a sus hermanos, en la más heroica de las acciones humanas.
Julio Torri

Quien se esfuerza por alcanzar lo excelso, nota el ansía de reposar en lo perfecto. ¿Y la nada no es acaso una forma de la perfección?
Thomas Mann

Es preciso no haber entrado nunca en un manicomio para ignorar que allí fabrican locos del mismo modo que en los correccionales fabrican delincuentes.
André Breton

Esto que llamamos vida es sólo la sala de espera de la muerte.
Gustav Meyrink

Optimi consiliarii mortui. «Los mejores consejeros son los muertos (i.e. los libros)» (la voz de los muertos).
Francis Bacon citando a Alonso V de Aragón

El deseo se engendra por el conocimiento defectuoso.
Thomas Mann

Lo «único» es una trampa, siempre formamos parte de una serie, es decir, somos siempre menos peculiares de lo que creemos, y lo malo proviene de la búsqueda obsesiva de la diferencia.
Milán Kundera pensando en Denis Diderot

El drama de la inteligencia estriba en la incapacidad de analizar, mediante los sentidos, lo sensible.
Salvador Elizondo

Morir a los setenta años o morir a los setecientos no es una diferencia tan milagrosa para quien reflexiona sobre la realidad del tiempo.
Giovanni Papini

Las mentiras son suficientes para mantener la opinión y las opiniones conducen a la realidad.
Francis Bacon

Cada sentimiento tiene su lenguaje que le conviene, y servirse de otro es disfrazar la idea que se quiere expresar.
Pierre Choderlos de Laclos

Sólo en el cuerpo del ser profunda y largamente amado, no percibimos el paso del tiempo, el envejecer juntos es una forma de no envejecer.
Josefina Vicens

Lo que la generalidad de los humanos llama, pase lo que pase, conveniencias, no es más que una imitación mecánica, servil y casi simiesca de aquello que ha sido practicado por seres de elevada naturaleza en circunstancias generales.
Villiers de L'Isle-Adam

La voz está condenada a la inanidad del eco.
Pierre Drieu La Rochelle

Ahora sé que no es tanto el tiempo como la naturaleza de sus preguntas lo que transforma a los hombres.
Malú Huacuja del Toro

La mayor de todas las debilidades es la virtud que no ha pasado por la prueba del fuego.
Mark Twain

Mis ojos, por haber sido puentes, son abismos.
Antonio Porchia

La muerte no respeta a nadie. Es tan atrevida, que lo mismo condena y mata a los Papas, a los emperadores y a los reyes que a los prebostes, sargentos y a otros canallas por el estilo.
Gerard de Nerval

En las imitaciones siempre hay algún error.
John Wyndham

La mejor salsa del mundo es la hambre; y como esta no falta a los pobres, siempre comen con gusto.
Miguel de Cervantes

El epígrafe es como una lejana nota consonante de nuestra emoción.
Julio Torri

01 de septiembre de 2021

ÍNDICE

01. Musa en Gm 06
02. Ciencia inversa o vestigios de una musa pretérita 10
03. Musa simétrica: Los papeles de Aspen 17
04. Inmarceser de aquella musa + glosario 33
05. ¡Oh, memorable musa! 40
06. (M)i (ú)ltima (s)aeta, (A)cteón 45
07. Primera Musa o La nueva Eva 63
08. Fabulosa Musa o La Paja en el Agujar 68
09. Musa de humo 73
10. Musa, en el azogue me ahogué 93

Bonus Track

Castillo de Naipes o Pensées o Acumulación de miniaturas 102

MANO IZQUIERDA EDITORES